

Fragancia de Cristo

En cierta ocasión, alguien relató una escena muy interesante. Una roca de más o menos siete metros de diámetro, estaba partida al medio, por causa de una semilla que halló una brecha y de alguna manera se arraigó allí. A medida que fue creciendo, aquella que inicialmente era una pequeña semilla se convirtió en un árbol que fue partiendo la roca.

¿Qué pide de nosotros el Espíritu Santo? Que haya una brecha en nuestros corazones, para que penetre allí la palabra de Dios, como el martillo que quebranta la piedra. Cuando simplemente nos disponemos con sinceridad hacia el Señor, y de alguna manera su palabra nos toca, es aroma de vida para vida. Si acogemos la palabra del Señor, el resultado será la fragancia de Cristo.

La preciosa palabra del Señor muchas veces nos lleva a alturas jamás pensadas, entonces nuestra visión acerca de “las cosas que no se ven” se expande y enriquece el corazón. Necesitamos amar su palabra, memorizarla, meditarla y orar por ella.

Gracias al Señor por sus siervos de antaño que nos legaron tanta riqueza, tan útil para suplir nuestras necesidades y fortalecernos ante los desafíos del tiempo presente. Agradecemos también por los vasos de honra que él usa en nuestros días, con una palabra fresca y oportuna, que ayuda a preparar el corazón de Su Amada... para el gran día que le espera.

El Escudo

No existe sombra de cobijo si no es bajo Sus alas protectoras.

Henry Law

“No temas, Abram; yo soy tu escudo...” (Gén. 15:1).

Ya había oído Abraham el estruendo terrible de la guerra, y se había visto en los peligros de la batalla. Por eso sabía bien que, sin la protección de un escudo, el guerrero se precipita a la derrota y a la muerte.

Dios que rodea

Apenas ha enfundado la espada, cuando el Señor, en su misericordia, visita a su fiel siervo. Sus palabras de aliento llegan a tiempo: *«No temas, Abram; yo soy tu escudo»*. Dios rodeaba al patriarca completamente, y su seguridad consistía en saber que todo enemigo no era más que paja.

Cada soldado de Jesús puede verse reflejado en ese Abraham luchando y escuchando. El servicio del Señor, aunque esté suavizado con la paz del cielo, es una tormenta de embates terrenos e infernales. El reposo de la fe no elimina la batalla de la fe. El descanso en la turbación no significa descanso sin turbaciones.

Necesariamente hemos de enfrentar adversarios en este territorio hostil. Satanás aún tiene poder y está lleno de ira. La carne aún es carne y combate contra el espíritu. El mundo es aún el mundo, y, aunque esté desgastado por siglos de pecado, todavía tiene vigor para odiar, aptitud para herir y poder para encadenar. Por eso, se están librando batallas sin cesar. Pero todo es en vano, porque Jesús vive y ama siempre, y sigue animando a cada creyente diciéndole: *«No temas, yo soy tu escudo»*.

Cubierta protectora

Pero, ¿qué es un escudo? Es simplemente un arma diseñada para la defensa, que el combatiente lleva al brazo para detener las acometidas del enemigo. Sea cual sea el ataque, el escudo se interpone, y todo lo que está detrás queda a salvo. Del mismo modo, en el cruento campo de batalla de la fe, Jesús es una cubierta pro-

tectora, y los dardos del enemigo pierden toda eficacia.

Esto es un ejemplo santo. ¡Ojalá le enseñe lecciones santas al alma! Lo hará si, por la gracia vivificante del Espíritu, la fe ve a Jesús más claramente, y el corazón le ama más. Tomemos, pues, nuestro puesto de oración en el terreno de la verdad, y percatémonos de los peligros que nos amenazan y del modo en que Jesús los aleja.

El "yo" es el pecado

¡Cuán pocos evalúan debidamente los enormes peligros a que conduce el pecado! Pero, ¿se menospreciaría a este monstruo si se conociera realmente su naturaleza y sus consecuencias? ¿Vivirían los hombres en su abrazo fatal si supieran que es el pecado lo que les hace enemigos de Dios?

Dios se reviste de justa ira, y los rayos de su furia arden contra el pecado. El brazo del disgusto omnipotente siempre está alzado para destruirlo.

Ante esta terrible realidad, ¿cómo podrán resistir el polvo y las cenizas ante la magnitud de Su venganza? Es imposible huir, pues Dios está por doquier; es inútil resistir, porque él es todopoderoso. Confiar en nosotros mismos será la ruina, pues el yo es el pecado, y el pecado es la única causa de la ira divina.

Jesús herido

Cristo Jesús está entre la majestad ofendida de Dios y el ofensor condenado, presentándose para recibir cada golpe. Éstos caen y vuelven a caer, porque la verdad y la santidad así lo requieren. La descarga de la indignación de Dios le azota horriblemente. «*Agradó al Padre herirlo*». Las armas de Dios caen sin causarnos daño, porque todas se descargan sobre el Hijo. Así es como el creyente se encuentra con la ira de Dios, y continúa viviendo.

Lector, ¿has hallado refugio en Jesús? Solo mereces calamidades, y tienen que venir. Jactarse de nuestra indefensa naturaleza es la perdición segura. No existe sombra de cobijo si no es bajo Sus alas protectoras. ¿Te has refugiado, por fe, en este abrigo? Solo la fe da acceso a este fuerte impenetrable. «*Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo*».

Un enemigo implacable

Pero el aborrecimiento que Dios tiene al pecado no es nuestro único adversario. Está ese ser maligno, teñido con la sangre de millares de nuestros semejantes, cuyo corazón es el mismo odio. Él no tiene compasión sino que, por el contrario, se alegra de la miseria del hombre. Desde los primeros días de nuestra peregrinación, Satanás está tramando su gue-

rra despiadada. Prepara una emboscada en cada revuelta, una lluvia de dardos, una descarga incesante o una flecha que llega en la oscuridad. Y caemos en un instante, antes de que sospechemos el peligro.

Este enemigo nunca duerme ni está cansado. Nunca se aplaca ni pierde la esperanza. Sus golpes van dirigidos tanto a la debilidad infantil como a la inexperiencia de la juventud; a la fortaleza juvenil o a la vacilante vejez. Las sombras de la noche no le alejan. Se encuentra en todas partes, y en todo momento, por medio de sus legiones. Entra en palacios, chozas y fortalezas. Se atarea con el atareado; va de un lado para otro con el activo; se sienta junto al lecho del enfermo y susurra a los oídos del moribundo. En ese momento en que el espíritu abandona su morada de barro, el maligno tensa su arco con rabia despiadada.

Intercesor poderoso

Tal es nuestra lucha permanente y aterradora. ¿Cómo es, entonces, que no recibimos una herida mortal a cada momento? Seríamos derribados si no tuviéramos en torno a nosotros un escudo más resistente que nuestros propios esfuerzos o propósitos. Y, ¿quién sino Jesús nos puede dar tal protección?

Cristo interpone el poder de su intercesión: «*Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos*

como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte». Sus oraciones son nuestra victoria, porque obtienen la ayuda divina y nos sostienen con el poder del cielo. De este modo resistimos al diablo, y éste huye de nosotros.

Jesús nos protege, también, dándonos el escudo de la fe. Él es autor y consumidor de este don. Los dardos incendiarios del maligno no tienen poder contra él. En cuanto lo tocan, se apagan. Su sangre derramada es otra protección inviolable. Satanás tiembla al verla. Es una valla que él no puede traspasar. La experiencia de la iglesia de los redimidos es que, a pesar de estar gravemente oprimidos, son más que vencedores, porque triunfan por la sangre del Cordero. Por esto, ese ser maligno no puede tocar a los que Jesús escuda.

La carne

Pero hay otros enemigos acechando en el campo de batalla. Hemos de luchar con nuestra propia personalidad, que nos rodea con su abrazo destructivo. La carne, con sus terribles concupiscencias, no da cuartel. David se enfrentó con ella sin su Escudo, y murió llevando las cicatrices de aquella hora.

También José fue atacado y, aunque el plan del enemigo era ingenioso, amplio y fuerte, el Señor protegió su corazón y la tentación no triunfó. «*¿Cómo, pues, dijo, haría yo este gran*

mal, y pecaría contra Dios?». El asalto fracasó y José quedó a salvo.

También los placeres, los lujos y los grandes honores derriban un número incontable de víctimas. Nadie puede resistir estas cosas con la escasa fortaleza humana. Pero ninguno que tenga al Señor por escudo puede ser derrotado. Moisés fue tentado con seductoras posibilidades. Podía haberse sentado junto a Faraón con categoría real. Pero *«se sostuvo como viendo al Invisible»*. Y, aun después de muerto, nos enseña cómo podemos hacer retroceder a ese astuto ejército de fascinaciones.

Refugio y protección

El temor al hombre y la amenaza de la persecución producen, también, heridas mortales. Esta angustia asaltó a Daniel y a sus jóvenes amigos en la cautividad. La ira del tirano, el horno ardiente y el foso de rugientes fieras se alzaban amenazadores; pero ellos se refugiaron en el Señor, y él fue el Escudo que les protegió.

Y además, el sendero que conduce a Sion enfrenta las bocas de los cañones que sirven legiones de preocupaciones y ansiedades para lanzar sus proyectiles mortales. ¡Con qué rapidez aúnan sus esfuerzos para atormentarnos! Hoy estamos bien, por gracia; pero, ¿qué traerá el mañana? Los amigos pueden abandonarnos; la enfermedad y la flaqueza pueden

¿Con qué te protegerás de la ira de Dios? ¿Y con qué de la furia de Satanás, de tus propias heridas, y de ese mundo que asesina el alma?

arruinar nuestro cuerpo. Y estos pensamientos nos acosan con tesón.

Solo el Señor puede protegernos, desplegando ante nuestros ojos su amor eterno, su presencia constante, su cuidado providencial, sus promesas siempre vivas. No hay temores que puedan matar o apagar la vida del alma cuando la voz de Jesús musita: *«No temas, porque yo estoy contigo»*. *«Todo es vuestro»*. *«Porque este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre; él nos guiará aun más allá de la muerte»*. Ciertamente, el alma está rodeada de paz cuando se encuentra en los brazos de Jesús.

Torre fuerte

¿Eres un verdadero discípulo de este Señor? Si es así, dime cuál es tu tentación, tu enemigo, tu peligro, tu necesidad, y te mostraré a ese Jesús todopoderoso, inmutable y cuidadoso que te guardará de todo mal. *«Torre fuerte es el nombre de Jehová; a él correrá el justo y será levantado»*.

¿Estoy, quizá, conversando en estas páginas con alguien que se encuentra alejado de Cristo? ¿Podría hablarte de la seguridad, oh pobre hijo de hombre? Sí, debo avisarte que estás entre ruinas e indefenso por todos lados. ¿Con qué te protegerás de la ira de Dios? ¿Y con qué de la furia de Satanás, de tus propias heridas, y de ese mundo que asesina el alma? No tienes nada. ¡Oh, piénsalo!

Aún no es demasiado tarde, aún vives, y aunque tus heridas sean muchas, pueden ser curadas; tus numerosos enemigos desaparecerán ante ti como humo que se desvanece. Estas palabras que sigues con los ojos, te dirigen al único refugio. ¡Ve a Jesús! Siempre lo tienes cerca, y siempre es suficiente para ser tu Escudo contra todo.

Ayuda y escudo

Creyente, ¿vas a dudar en adherirte a esta verdad? ¿Es que no has hallado en Él una ayuda poderosa? ¿Acaso no puedes decir con David: «*Muchos son los que dicen de mí: No hay para él salvación en Dios. Mas Tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí*»?

Clama tú también: «*Bienaventurado tú, oh Israel, ¿quién como tú, pueblo salvo por Jehová, escudo de tu socorro, y espada de tu triunfo?*». Di con alegría: «*Oh Israel, confía en Jehová; él es tu ayuda y tu escudo. Casa de Aarón, confiad en Jehová; él es vuestro*

ayuda y vuestro escudo. Los que teméis a Jehová, confiad en Jehová; él es vuestra ayuda y vuestro escudo».

¡Qué aliento tan especial halla aquí el fiel ministro de Cristo! ¡Qué baluarte tan potente para los humildes obreros del evangelio! Parece que no hacen más que sembrar con temblor la simiente de unas pocas palabras llenas de debilidad. Pero esta siembra echa raíces, dando vida a una graciosa planta que exhala la fragancia de un nuevo Edén, y produciendo frutos para el granero del Rey de reyes.

Esta simiente prospera a pesar de estar en un clima adverso, quemada por un sol ardiente y golpeada por la tempestad. El jabalí de los bosques no la puede estropear, ni las bestias pueden devorarla. ¿Y por qué es esto así? Porque todo lo glorioso tiene una defensa. Porque no hay arma dirigida contra ella que pueda triunfar. La palabra del Señor es verdad: «*Yo soy tu escudo*».

Por consiguiente, siervos del Dios vivo, bendigamos su santo nombre. Él hace que siempre triunfemos en Cristo. Avancemos con el escudo de la fe, y bajo la protección del Señor. El conflicto terminará pronto, y en el reino de la salvación cantaremos las glorias del Escudo que nos ha salvado.

<http://www.scribd.com/doc/11508182/El-Evangelio-en-Genesis>

TEMA DE PORTADA

La visión espiritual y el vaso, en el contexto de la vida del apóstol Pablo.

Una sentencia de muerte



Romeu Bornelli



Y yo me suscitaré un sacerdote fiel, que haga conforme a mi corazón y a mi alma...”.

– 1 Sam. 2:35.

Dios busca y forja sus vasos

Esta frase, al final del capítulo 2 del primer libro de Samuel, define lo que es un profeta del Señor. Samuel fue un sacerdote; pero, en especial, fue un profeta de Dios. Cuando Dios comenzó a hablarle, Samuel era un niño, y no conocía al Señor. Pero, al comprender quién le hablaba, respondió: «*Habla, Señor, que tu siervo oye*».

«*Jehová estaba con él*». La palabra «estaba», habla de permanecer. Dios ya no moraba en el templo en Silo; nada de lo que había allí lo agradaba. Pero, antes que su lámpara se apagase, Dios se proveyó un vaso, el niño Samuel. Ahora Dios estaba allí, retornando a su casa.

La visión celestial es el compromiso de Dios de revelarse a quienes le aman. Y, para que la visión tenga expresión, él necesita vasos. En este contexto, la vida del apóstol Pablo nos muestra cómo el Señor forjó ese vaso, de tal forma que

el mensaje y el mensajero llegaron a ser una sola realidad.

En cada vaso de Dios, el mensaje y el mensajero son una sola cosa; el mensaje debe ser una expresión del mensajero y de su historia bajo la mano disciplinadora de Dios.

Dios usa su disciplina sobre nuestras vidas, y cuando respondemos a ella, él forjará un vaso, para que la visión tenga expresión adecuada.

Las marcas de un apóstol

«Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio, habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad. Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús. Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna» (1ª Tim. 1:12-16).

Pablo tenía la convicción de que él era un vaso de misericordia, y que, si la gracia divina pudo forjar en su

vida un vaso para Dios, el Señor puede hacerlo con cualquier otro.

«De aquí en adelante nadie me cause molestias; porque yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús» (Gál. 6:17). La palabra *marcas* habla de una señal especial: las marcas de la cruz, cuyo camino él no ignoraba.

La segunda carta a los Corintios registra las consecuencias de la obra de la cruz en la vida de Pablo. En las dos cartas a los corintios hay grandes contrastes: en una vemos carnalidad y división, en la otra, espiritualidad y armonía.

Sentencia de muerte

Pablo muestra el significado de una vida tratada por la cruz. En la segunda carta a los corintios, comienza hablando de una *«sentencia de muerte»*, y concluye con *«un aguijón en la carne»*. Y en el centro de ella, leemos: *«llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús»* (4:10). No habrá un ministerio genuino, y otros no recibirán vida, a menos que la obra de la cruz sea evidente en nuestras vidas.

A menos que la cruz opere, la visión celestial no podrá ser encarnada en nosotros. El camino de la cruz es el tema vital de 2ª Corintios. En el capítulo 1, versículos 8 y 9, Pablo nos da la primera marca:

«Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremedida más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos».

Con esta «sentencia de muerte», Pablo nos quiere decir: «Dios está decidido a tratar con nosotros, para que su obra pueda avanzar». Él dice: «tuvimos», es decir, ya recibimos esa sentencia de muerte.

Todas nuestras circunstancias son arregladas por Dios con un objetivo. Pablo afirma que Dios es «Padre de misericordias y Dios de toda consolación». Toda tribulación y toda consolación que experimentamos, todo lo que Dios obra en nosotros, es para la iglesia. «Pero si somos atribulados, es para vuestra consolación y salvación; o si somos consolados, es para vuestra consolación y salvación» (1:6). No somos miembros aislados del cuerpo de Cristo.

Tratos con propósito

El mayor propósito de todo lo que Dios hace en nuestras vidas es alcanzar al cuerpo de Cristo, para que éste sea bendecido.

Nosotros somos tan egocéntricos, que aun interpretamos la cruz a nuestro favor. Al leer en Hebreos 12, «por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio», creemos que ese gozo era la iglesia. Pero en realidad, aquel gozo era satisfacer plenamente el corazón del Padre.

El Padre tenía una intención sublime: que su Hijo fuese el centro de todas las cosas, teniendo la preeminencia en todo. Con este fin, el Hijo tenía que ir a la cruz, reconciliando así consigo mismo todas las cosas.

El propósito de la cruz es que el Hijo sea el heredero de todo. Cuando el Verbo fue hecho carne, el deseo de Dios era que todo el universo pudiese ver a Aquel que es la delicia de su corazón, el centro de sus afectos.

Cristo se ofreció al Padre por causa de aquel gozo – la satisfacción del corazón del Padre. Ahora, lo maravilloso es que también había algo más en el corazón de Dios. Él daría a su Hijo no solo todas las cosas, sino además una novia y, para que esto fuese realidad, era necesaria la cruz.

Si no recibimos los tratos de Dios, nunca veremos la iglesia. Ella solo puede ser edificada a través de estos tratos. Entonces, según 2ª Corintios 1:9, Dios está decidido a tratar conmigo. «...para que no con-

fiásemos en nosotros mismos» (1:9). El pecado nos hace pensar que nosotros somos el centro de todo y que podemos vivir por y para nosotros mismos. Pero Dios tomó una decisión, y él tratará con nosotros.

Tal es el elemento central de la carta. La cruz obra en nuestras vidas, para que no confiemos en nosotros mismos, aun respecto a las cosas de Dios. Por ejemplo, si hemos recibido un depósito del Señor, somos tentados a confiar en ese depósito; si recibimos alguna experiencia con el Señor, somos tentados a confiar en nuestra experiencia. Cuando buscamos servir a otros con aquel depósito, si la cruz no ha operado en nosotros, tal depósito es inútil.

Purificando la plata

La sentencia de muerte significa que Dios hará dos cosas en nuestra vida: primero removerá, despojándonos del viejo hombre, y luego añadirá, renovándonos en el espíritu de nuestra mente.

Esa es la obra de la cruz: su lado sombrío es un *No* al viejo hombre, y el lado luminoso de ella es un *Sí* a una nueva creación. Esta es una verdad *en Cristo*. Pero eso no basta: tiene que ser además una verdad *en nosotros*. La cruz es tanto una obra objetiva, realizada *en Cristo*, como una obra subjetiva, realizada *en no-*

sotros. Esta es la sentencia de muerte. No podremos llegar a ser colaboradores de Dios si él no ha tratado con nosotros.

«Porque tú nos probaste, oh Dios; nos ensayaste como se afina la plata. Nos metiste en la red; pusiste sobre nuestros lomos pesada carga. Hiciste cabalgar hombres sobre nuestra cabeza; pasamos por el fuego y por el agua, y nos sacaste a abundancia» (Sal. 66:10-12).

Al ilustrar los tratos de Dios con su pueblo, el salmista no dice que fue Satanás quien los trató, ni aun los hombres o las circunstancias. *«Tú nos probaste, oh Dios»*.

La plata debe ser purificada; ella es preciosa, pero está mezclada. El fuego debe actuar para eliminar las escorias. El platero hará esa obra hasta cuando la plata, como un espejo, le permita ver allí su rostro reflejado. Así, la obra de la cruz quita nuestras escorias, hasta que el rostro del Señor sea visto en nosotros.

Las marcas de la cruz

«Nos metiste en la red; pusiste sobre nuestros lomos pesada carga. Hiciste cabalgar hombres sobre nuestra cabeza; pasamos por el fuego y por el agua, y nos sacaste a abundancia» (Sal. 66:11-12). La frase *«y nos sacaste a abundancia»*,

puede ser traducida también como «nos trajiste a un lugar espacioso». ¿Cuál es la clave de nuestra amplitud en el servicio al Señor? El trabajo de la cruz.

«*Sobre mis espaldas araron los aradores; hicieron largos surcos*» (Sal. 129:3). El medio que Dios usa para que la simiente fructifique, son nuestras espaldas. Cuando la semilla de la palabra y la revelación divina no pueden penetrar, esta será siempre la manera de Dios – la operación de la cruz.

Dios usa dos instrumentos para trabajar esos surcos, para que la visión celestial tenga realidad, para que la palabra pueda dar fruto.

La primera vía de Dios es su palabra viva y eficaz. Necesitamos amar su palabra, memorizarla, meditar en ella, orar por ella. Ella debe morar en abundancia en nuestros corazones, porque ella es un instrumento poderoso de Dios, para abrir surcos en nuestras espaldas, separando el alma del espíritu, exponiendo los pensamientos del corazón.

¡Qué obra maravillosa! Sí, ella es dolorosa, porque nos mostrará, dentro de nosotros, pensamientos y motivaciones erradas, sentimientos inadecuados, soberbia, autoconfianza, orgullo, presunción. ¡Cuánta escoria! A medida que la palabra de

Dios penetra en nosotros, hace una obra maravillosa. Este es el primer aspecto de la obra de la cruz.

El otro aspecto, son las circunstancias. Cuando Pablo nos habla acerca de la sentencia de muerte, nos dice que Dios no se detendrá. Él continuará tratando con nosotros. Recibimos de él una sentencia de muerte, para que no confiemos en nosotros mismos, «*sino en Dios que rescita a los muertos*» (2ª Cor. 1:9).

El secreto de George Whitefield

Citaré una ilustración. De seguro, ustedes habrán oído hablar de George Whitefield. Así como Jonathan Edwards fue usado por el Señor en los Estados Unidos, Whitefield fue usado de manera poderosa en Inglaterra y Escocia, particularmente en el gran avivamiento del siglo XVIII.

En una oportunidad, él viajaba a un lugar para predicar, y se sentía muy agotado, pues había hablado ya en muchos lugares. Antes de llegar a su destino, se detuvo en una posada para descansar. Se sentía incapaz de predicar; sin embargo, allí había personas esperándole. Viéndoles, él les dijo: «No puedo hablar; estoy muy cansado». Entonces, encendió una vela y empezó a subir hacia su dormitorio. Pero, en la mitad de la escalera, se detuvo, se volvió hacia los oyentes, y predicó hasta que la vela

se consumió por completo. Cuando la lumbre se apagó, él se fue a dormir, y partió con el Señor. Aquella vela fue figura de su vida y servicio. Él fue el primero en predicar la palabra al aire libre; antes de él, solo era compartida desde los púlpitos.

Whitefield iba a los mineros, que salían de su faena ennegrecidos por el carbón. Al oír la Palabra, las lágrimas corrían por sus rostros. Él decía: «Sé que están recibiendo la palabra, cuando sus rostros parecen la piel de una cebra». Las lágrimas abrían surcos en el carbón, a medida que la palabra iba penetrando.

¿Cuál era el secreto de Whitefield? «*Sobre mis espaldas araron los aradores*». Nunca veremos los surcos en el rostro de otros, si primero esas marcas no están en nosotros.

No podremos llegar a ser colaboradores de Dios si él no ha tratado con nosotros.

Oyendo la voz del Espíritu

Este es el primer paso que Pablo da en esta epístola. Pero, si queremos que la visión celestial se encarne en nosotros, y Dios encuentre sus vasos, ¿qué más se necesita? 2ª Corintios 1:12: «*Porque nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia, que con sencillez y sinceridad de Dios, no con sabiduría*

humana, sino con la gracia de Dios, nos hemos conducido en el mundo, y mucho más con vosotros».

Nunca pases por alto el hablar del Espíritu Santo en tu conciencia. Pablo el anciano exhortaba al joven Timoteo a mantener «*la fe y buena conciencia, desechando la cual naufragaron en cuanto a la fe algunos*» (1ª Tim. 1:19).

Aquí tenemos un segundo elemento sumamente importante. Nosotros no podremos guardar la visión celestial, si no hemos sido sensibles a la voz del Espíritu en nuestra conciencia.

Funciones del espíritu humano

El espíritu humano tiene tres funciones: intuición, conciencia y comunión. Fuimos llamados a la comu-

nión con su Hijo Jesucristo. La comunión es como una mesa. De un lado, el Padre; del otro, nosotros. Y, sobre la mesa, su Hijo. El Padre tiene comunión con nosotros, en su Hijo.

La intuición es tipificada por una lámpara. Nosotros conocemos a Dios en nuestra intuición. El Espíritu Santo ilumina nuestro espíritu, «*alumbrando los ojos de vuestro*

entendimiento, para que sepáis...» (Ef. 1:18). Dios es espíritu, y nosotros conocemos a Dios en nuestro espíritu. «*Todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos»* (Heb. 8:11). Eso es la intuición.

Una tercera función del espíritu es la conciencia. Ésta funciona como una puerta, que determina lo que entra y lo que sale de nuestras vidas. El Espíritu Santo nos enseña, actuando directamente en nuestras conciencias. Nosotros recibimos un conocimiento de Dios, en nuestra intuición; y recibimos discernimiento espiritual, en el hablar del Espíritu a nuestra conciencia. Entonces podremos separar las cosas excelentes de las que no lo son.

¿Cómo funciona la conciencia? Por ejemplo, si vas a conducir un vehículo, y por algún motivo éste tiene activado el freno de mano, no podrás avanzar, y sentirás un desagradable olor a quemado. El Espíritu Santo habla así a nuestra conciencia. Si no oímos su enseñanza, nuestra vida no avanza. Él está diciendo: «Necesitas detenerte, y ver lo que está errado». Si no oímos su voz en nuestra conciencia, naufragaremos en cuanto a la fe.

A veces estamos hablando y el Espíritu Santo dice: «Cállate, estás hablando de más; no me estás repre-

sentando adecuadamente». El freno de mano está puesto. Esta es la función de la conciencia.

Entonces, Pablo nos ayuda también en este sentido. Cuanto más obre la cruz en nosotros, más sensibles seremos a la acción de Dios.

La fragancia de Cristo

Un tercer paso. «*Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento. Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a éstos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquellos olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?»* (2ª Cor. 2:14-16).

Pablo dice que, cuando Dios ha obtenido los vasos que él necesita, por medio de ellos, en todo lugar, él manifestará la fragancia de Cristo. La palabra *fragancia* aparece cinco veces en el Nuevo Testamento. Es interesante la primera cita, porque hay una ley según la cual la primera mención de una palabra en la Biblia es muy importante.

La palabra *fragancia* surge por primera vez en Juan 12:3, cuando María de Betania unge al Señor. Ella establece un principio. Pablo quiere

decir que Dios manifestará su fragancia por medio de nosotros. Es por causa nuestra que su fragancia puede ser percibida por otros, y el perfume puede llenar toda la casa.

¡Qué confianza maravillosa tenía Pablo! Y concluye con una pregunta: «*Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?*». Suficiente significa calificado, idóneo. De acuerdo con 2ª Corintios, solo pueden manifestar la fragancia aquellos que han sido tratados por la cruz.

Recordando a María de Betania

El Señor visitó Betania siete veces. En la primera ocasión, él tomó a Betania en una condición inicial. En la última visita, el Señor asciende a los cielos desde allí. Aquel hogar fue transformado, hasta que tuvo la visión del Señor ascendiendo. Podemos decir que aquel hogar experimentó la vida de ascensión.

En la primera visita, María está sentada a los pies del Señor; en la segunda, ella se humilla a sus pies, y en la tercera, unge los pies de él.

Según el libro de Rut, cuando nosotros conocemos los pies del Señor, él nos muestra su rostro. Cuando Booz dormía en la era, y Rut se acercó y descubrió sus pies, él le mostró su rostro y le dijo: «¿Quién eres?». Ella respondió: «Soy Rut, tu sierva».

María tenía un lugar a los pies del Señor. Campbell Morgan, comentando el pasaje donde María unge al Señor, dice: «Aquello fue un memorial de fragancia; no de oro o de mármol. Y la tierra fue más dulce, y el cielo más rico, por causa de la actitud de María, y de la aceptación de ella por parte del Señor». Ella percibió algo que ninguno de los discípulos vio: la preciosidad del Señor.

Las doncellas israelitas llenaban un vaso de alabastro con perfume precioso y lo sellaban con cera, guardándolo para la noche nupcial. En esa ocasión, la novia rompía el vaso y derramaba el perfume sobre el lecho. Tal es el contexto de esta fragancia.

La actitud de una mujer

En Betania, seis días antes de la cruz, Lucas 18 dice que los discípulos no entendían nada. Era la tercera vez que el Señor les hablaba de la cruz. Él iría a Jerusalén, donde sería crucificado y resucitaría al tercer día; pero los ojos de ellos estaban cerrados respecto a estas cosas.

Sin embargo, hubo una persona, María de Betania, que comprendió lo que nadie más entendió. En aquella escena en Betania, el Señor estaba recostado ante la mesa. María se aproximó a él con su vaso de alabas-

tro. Mateo, Marcos y Juan contienen tres narraciones del mismo evento.

María se acerca al Señor y hace cuatro cosas. Primero, quiebra su vaso. ¿Qué significa eso? Le está diciendo al Señor: «Tú eres para mí lo más precioso». Marcos dice que aquel unguento era preciosísimo. Ella unge la cabeza del Señor, como diciendo: «Tú eres nuestra cabeza». Unge los pies del Señor. «Yo soy tu sierva». Luego le enjuga los pies con sus cabellos. Pablo dice en 1ª Corintios 11 que el cabello es la gloria de la mujer. Al hacer esto, María está diciendo: «Tú eres digno de toda la gloria».

Esa fue la actitud de María. ¿Y cuál fue la consecuencia? La casa se llenó con el olor del bálsamo. Había una segunda finalidad para el vaso de alabastro, totalmente distinta; era usado para embalsamar cuerpos muertos. Por eso, cuando María ungió a Jesús, el Señor dice: «(Ella) se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura» (Mar. 14:8).

Allí estaba María, ungiendo a su precioso Señor. La palabra *ungir* es la misma expresión que el Espíritu Santo usa en 2ª Corintios, cuando habla de «el olor de su conocimiento». Pero, para que el aroma de su conocimiento sea real en nosotros, el vaso de alabastro tiene que ser quebrado – sentencia de muerte.

El Señor vino a Jerusalén la última vez. Su corazón estaba lleno de angustia, mas sus discípulos no entendieron. La noche anterior a su crucifixión, él llamó a tres para que orasen con él, y los halló dormidos. «¿No pudisteis velar ni una hora conmigo?».

Las aflicciones de Cristo

Cuando el Señor llegó a Betania, solo María conocía las aflicciones del corazón del Señor, y quiso darle su bálsamo a él. En el lenguaje de Pablo, esto significa participar de los sufrimientos de Cristo. Cada uno de nosotros ha sido llamado a participar de sus padecimientos.

Colosenses 1:24 dice: «*Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia*».

Estos no son sufrimientos para la redención de la iglesia, sino sufrimientos por su edificación. Los primeros ya están completos; pero los padecimientos para la edificación de la iglesia no lo están, porque su novia aún no está preparada; aún no han llegado las bodas del Cordero.

Entonces, el Señor nos llama a participar de sus sufrimientos, para que su iglesia sea edificada. Somos llamados a sufrir los unos por los otros.

Pablo amaba a los corintios, aunque ellos lo rechazaban. «Y yo con el mayor placer gustaré lo mío, y aun yo mismo me gustaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más, sea amado menos» (2ª Cor. 12:15).

El apóstol, padre espiritual de los corintios, conocía el camino de la cruz. Para que ellos fueran edificados, Pablo sabía que él mismo seguiría siendo tratado por Dios. Esta es la sentencia de muerte.

Olor de muerte para muerte

En su segunda carta a los Corintios, Pablo dice que la fragancia de Cristo tiene dos resultados. Si la visión celestial es real en nosotros, habrá «olor de muerte para muerte, y olor de vida para vida» (v. 14-16).

¿Qué es el olor de muerte para muerte? En primer lugar, con relación a los inconversos, tomemos el ejemplo de Faraón. Se dice en el libro de Éxodo que «Faraón endureció su corazón», la primera vez que Moisés habló con él, y luego la segunda y tercera. Él estaba respondiendo bajo su responsabilidad.

Al principio, Dios no endureció aquel corazón. Dios no es arbitrario. El hombre siempre debe responder a Dios. El Señor habló tres veces, y Faraón endureció su corazón. Solo

entonces el Señor endureció el corazón de Faraón. Moisés, como representante de Dios, fue olor de muerte para Faraón.

Usemos una ilustración. Hace muchos años, las barberías eran lugares terribles. La gente allí charlaba el día entero. En cierta barbería entró un hombre de Dios. Entonces se produjo un silencio completo. Después que él salió, el ambiente volvió a ser el mismo. Su presencia allí fue olor de muerte para muerte. Ellos se sentían acusados, porque allí estaba aquel siervo de Dios, y ellos resistían al Señor.

Esto tiene que ser real siempre en nuestras vidas. Por un lado, debemos representar reprobación para el mundo. Pero si el mundo está casado con la iglesia, nuestra presencia no hará la menor diferencia.

Aun hay olor de muerte para muerte entre creyentes, cuando resistimos la palabra de Dios. En la generación del desierto, Moisés estaba allí, y la palabra de Dios estaba con ellos. Pero Hebreos 4:2 dice: que ellos oyeron, «pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron». Y el resultado fue cuarenta años en el desierto, donde todos ellos murieron.

Hebreos 4 usa esta exhortación para nosotros, no para el mundo. ¿Cuál es el principio involucrado allí? Cuando la verdad de Dios no es bien recibida, entonces hay pérdida progresiva de la capacidad espiritual de responder al Señor.

Aroma de vida para vida

Ahora, ¿qué es el aroma de vida para vida? Si hay una brecha para que la palabra de Dios penetre, ella, en sí misma, hará la obra. Por eso se dice que ella actúa en nosotros, pues es viva y eficaz.

Hace un tiempo, vimos una escena curiosa: una enorme roca de unos siete metros de diámetro, partida al medio, a causa de una semilla que halló una brecha y se arraigó allí. A medida que fue creciendo, aquella pequeña semilla se convirtió en un árbol que fue rompiendo la roca.

¿Qué pide de nosotros el Espíritu Santo? Que haya una brecha en nuestros corazones, para que penetre allí la palabra de Dios, como el martillo que quebranta la piedra. Cuando simplemente extendemos la mano hacia el Señor, y de alguna manera su palabra nos toca, es aroma de vida para vida. Si acogemos la palabra del Señor, el resultado será la fragancia de Cristo. Eso es lo que Pablo enseña.

Que el Señor nos conceda este principio en nuestros corazones. Nunca podremos fructificar si esta sentencia de muerte no es una realidad para nosotros. Necesitamos esos surcos en nuestras espaldas, para que podamos ver surcos en los rostros de otros. Que el Señor continúe hablándonos. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2016.

Sepultado con Cristo

Macarius, profesor egipcio del siglo IV, fue interrogado por un joven sobre el significado de estar muerto y enterrado con Cristo. «Hijo mío», le dijo él, «anda al cementerio y cuenta a tu hermano carnal ya muerto, todas las calumnias que has oído sobre él, y oye su respuesta».

«Bien», dijo Macarius, a su vuelta, «¿qué dijo tu hermano?». «Él no dijo nada, pues está muerto». «Ahora, hijo», dijo el anciano, «anda y cuéntale todos los elogios de él que has oído, y oye su respuesta».

Comenzando a percibir lo que Macarius estaba buscando, el joven partió de nuevo. A su regreso, Macarius le dijo: «Ahora sabes lo que es estar muerto y sepultado con Cristo. La alabanza y la calumnia del mundo no son nada para el discípulo sepultado».

À Maturidade

El modelo de comunión que precisamos vivir es el modelo que siempre existió entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.



La belleza de la comunión

Luiz Fontes

Uno de los fundamentos de la visión celestial es la comunión unos con otros. En relación a este tema, hoy meditaremos sobre la oración del Señor en el evangelio de Juan capítulo 17. Esta es la mayor de todas las oraciones de la Biblia. No hallaremos en ningún otro lugar una oración como ésta. El punto culminante es que en ella podemos ver el corazón de nuestro Señor.

Aquella hora

El Señor había llegado a lo que él mismo dice: «aquella hora». Él levanta sus ojos al Padre, diciendo: «Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti» (17:1). Esta fue la hora más importante que existió dentro del tiempo.

Podemos reflexionar sobre todo el universo, podemos considerar cada uno de los hechos de Dios, esforzándonos en entender la creación de todas las cosas, podemos escudriñar toda la historia de la humanidad y la historia del pueblo de Dios, la historia de los apóstoles y la historia de la iglesia, pero nunca encontraremos una hora como ésta.

Ésta fue la hora máxima en el propósito eterno de Dios. Ella comprende muchos hechos, y se consume con la muerte, la resurrección y la entronización de nuestro Señor Jesús. El Señor tiene sus ojos vueltos hacia el Padre, tiene su corazón volcado hacia esta hora. A partir de este punto, debemos ver este capítulo con sumo cuidado.

Hay muchas formas de estudiar este capítulo. A muchos hermanos, el Señor les ha dado alguna particularidad sobre este pasaje. Por eso, quiero ayudarles hoy a ver ocho puntos singulares sobre la oración del Señor. Estos puntos nos ayudarán a ver con más claridad el corazón del Señor en esta oración.

La oración del Señor

Si usted mira este capítulo, verá por lo menos ocho frases distintas que nos muestran algunas verdades sobre esta oración. Cuando miramos estas frases, percibiremos que ellas construyen para nosotros la esencia de esta oración. Al leer todo el capítulo 17 del evangelio de Juan, en el texto original, hallaremos ocho veces la frase «*para que*».

«Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, **para que también tu Hijo te glorifique a ti**». Observen esta frase: «*Te glorifique a ti*». La palabra «*glorifique*», en este texto, significa

«vestir de esplendor», realzar el brillo. No es una palabra muy simple. Es una palabra que tiene un contenido de gloria.

«*Glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti*». Cuando miramos todo el escenario de la crucifixión y muerte del Señor Jesús, ¿cómo, humanamente, podemos encontrar gloria en ello? Allí, el Padre quebrantó a su único Hijo en nuestro propio lugar.

Allí fue donde el Hijo, por primera vez, se sintió desamparado. Él, que nunca vivió fuera de la comunión con el Padre, en la cruz, se sintió solo. «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*». ¿Hemos extraído toda la fuerza de su oración en la cruz? ¿Cómo podríamos ver gloria en una situación semejante? El Hijo tuvo que experimentar la soledad, para que tú y yo pudiésemos entrar en esta comunión. Esto no es algo pequeño. Veamos, entonces, estas ocho frases.

Obra consumada

«*Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti*» (17:1). Este primer «*para que*» quebranta nuestro corazón. Cuando miramos la gloria de Dios en aquella cruz, solo por la obra del Hijo

de Dios en la resurrección podríamos ver toda su grandeza. Porque, de no ser por su resurrección y entronización, ¿qué gloria tendría?

Por eso, cuando el Hijo ora: «Padre, glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti», él estaba seguro de que toda su obra sería consumada cuando él estuviese ante el trono del Padre, porque allí, delante del Padre, él hace esta oración. Él tenía plena conciencia de que en él no había pecado, ninguna mancha, nada que pudiese complicarlo delante del Padre en esta oración. Él estaba en completa libertad delante del Padre.

Él llegó hasta aquella hora, sabiendo que los principados de este mundo no pudieron vencerlo en su carne. Varias veces en este capítulo, él dice así: «Voy a ti». Él decía esta frase en plena confianza. Él sabía que ni el pecado, ni el mundo, ni la muerte, ni el mismo Satanás, podrían retenerlo. Y el Padre le resucitó, y él subió al Padre.

Existe un punto muy alto en este capítulo, que él va a afirmar sobre este asunto. En este primer punto, observen esto. La gloria de la crucifixión, la muerte, la resurrección y la entronización de Cristo Jesús, todos estos eventos, están contenidos en esta frase: «Padre, glorifica a tu

Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti».

Para que sean uno

«Y ya no estoy en el mundo, mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, **para que sean uno, así como nosotros**» (17:11). Aquí está el segundo «para que». Esta frase indica propósito.

Él ora para que nosotros seamos uno, como lo fueron siempre él y el Padre. Si tú y yo nos inclinamos ante esta frase a los pies del Señor, repudiaremos con vehemencia cualquier forma de disensión que haya entre nosotros. Jesús ora para que nosotros tengamos la misma comunión que él siempre tuvo con el Padre y el Padre con él. La esencia de la comunión es la vida de Dios. Siendo así, cualquier forma de división ofende a Dios.

El modelo de comunión que nosotros debemos tener, no está basado en el relacionamiento de los cristianos primitivos, ni siquiera en el modelo de comunión de Cristo y sus apóstoles. Nuestro modelo de comunión es el modelo que hay entre el Padre y el Hijo. El modelo de comunión que precisamos vivir es el modelo que siempre existió entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Si nosotros parásemos aquí, ahora, y reflexionásemos a los pies del Señor sobre esta declaración, esto ya sería suficiente para arrepentirnos de toda forma de disensión que haya en nuestro corazón. Entonces, vean: *«para que sean uno, así como nosotros»*.

Gozo cumplido

«Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos» (17:13). La clave para entender este punto está en la frase: *«Voy a ti»*. Si observamos también el versículo 11, el Señor Jesús dice: *«Yo voy a ti»*. En el texto original, es una afirmación absoluta, una certeza plena.

¿Qué significa, en primer lugar: *«Voy a ti»*? Primero, él dice: *«Yo voy a ti... para que sean uno, así como nosotros»*. Intente conectar estas frases. *«Voy a ti... para que tengan mi gozo completo»*.

Creo que necesitamos ver una porción de la palabra para tener más luz sobre esto, en Hebreos capítulo 10, a partir del versículo 19. *«Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo...»*. El versículo 19 inicia una sección dentro del capítulo 10, que se cierra en el versículo 25. El versículo 19 dice que tenemos entera libertad, una confian-

za plena, para entrar en el Lugar Santísimo. Este lugar nos habla del tabernáculo; es la sección del tabernáculo donde solo el sumo sacerdote entraba una sola vez al año. Sin embargo, el versículo 19 dice que tenemos completa libertad para entrar.

El término «entrar» nos muestra una acción continua. Podemos entrar y permanecer cuanto queramos. Ahora no necesitamos un evento para entrar. Hubo un evento que nos habilitó para entrar. Y aun más, tenemos un sumo sacerdote sobre la casa de Dios, que nos garantiza esta entrada.

Veamos a continuación el versículo 20. *«...por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios...»*. Observe esta frase, *«teniendo»*. Ahora, veamos el versículo 19, *«teniendo libertad»*. Estas dos palabras hablan la misma cosa, nos hablan de una posesión y una garantía que nadie nos puede quitar, porque quien garantiza esta posesión es el sumo sacerdote.

Acceso garantizado

Nosotros podemos entrar, porque él fue nuestro Precursor; él entró delante de nosotros, y nos abrió el camino. Ahora tenemos un gran sumo

sacerdote. Versículo 22: «*Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura*». Noten la frase, «*plena certidumbre*», o «*completa seguridad*». Entonces, tenemos completa seguridad para entrar.

Si estudiamos esto con mucho cuidado, vemos que, a pesar de nuestras debilidades y flaquezas, a pesar de nuestras posibilidades de pecar, tenemos un sumo sacerdote. En primer lugar, él fue nuestro Salvador allá en la cruz, en el pasado. Sin embargo, ahora él está delante de Dios, por nosotros, garantizando el acceso a este gran templo.

Nosotros nos podemos acercar teniendo una fe segura, teniendo nuestros corazones purificados de malos pensamientos, y nuestros cuerpos regenerados y lavados por la Palabra.

El versículo 23 dice: «*Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza*». La palabra «*esperanza*», aquí, es muy significativa. Nos habla de un gozo previo. Versículo 24: «*Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras*». La palabra «*considerémonos*», en el texto original, está así: «*considerémonos con mucha atención unos a otros*».

Congregarnos

Desde el versículo 19 hasta el 25, tenemos, entonces, una sección. Hay un pensamiento divino revelado en estas palabras, «*No dejando de congregarnos*» (v. 25). La palabra «*congregarnos*» solo aparece dos veces en el Nuevo Testamento. La primera está en 2ª Tes. 2:1: «*En relación a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él*».

La palabra «*reunión*» es la misma que «*congregar*». De acuerdo a los principios de interpretación bíblica, la Biblia interpreta a la propia Biblia. La primera mención de esta palabra trae su real significado. Cuando Hebreos dice: «*No dejando de congregarnos*», el contexto impide que demos otra interpretación que no sea lo que está escrito aquí. Lo que dice es que no dejemos de reunirnos con el Señor.

El versículo 19 dice que tenemos total libertad para entrar en el Lugar Santísimo. ¿Y qué es lo que anhelamos encontrar en este templo santísimo? La comunión de nuestro Señor, y la comunión unos con otros.

Hay muchos puntos importantes en esta porción. Pero podemos sintetizarlo en estos dos versículos: Tenemos libertad para entrar en el santuario que el Señor nos abrió, para reunirnos con él. Y, ¿cómo podemos

tener una reunión con nuestro Señor? ¿Cuántas veces nosotros cantamos *Maranatha*? ¿Cuántas veces le decimos al Señor: «Vuelve por tu iglesia, te anhelamos. Queremos tu presencia»? Hay una manera de experimentar esto. Hay un gran gozo previo que podemos tener ahora, es el que está escrito en el versículo 24. «*Considerémonos unos a otros*».

Considerarnos

La primera vez que esta palabra aparece en Hebreos, en el versículo 3:1, dice que *consideremos* a este supremo apóstol que es nuestro Señor Jesús. Y la forma más práctica de hacerlo es considerarnos unos a otros. Si tú no consideras a tu hermano, no importa cuánto cantes

gran puerta a una comunión eterna. Todas las dificultades que tenemos de vivir esta comunión relacional entre nosotros, es porque tenemos dificultades para entrar en ese santuario. No hemos entendido este nuevo y vivo camino, no nos hemos reunido con el Señor.

Reunirnos con los hermanos es reunirnos con el Señor; estar con los hermanos es estar con el Señor. Disfrutar al Señor es disfrutar a los hermanos. Porque ahora hemos sido introducidos no en una mera comunión de relacionamientos humanos, sino en una comunión eterna, una comunión en un plano más elevado, cuyo valor no tenemos el derecho de minimizar o de disminuir.

Reunirnos con los hermanos es reunirnos con el Señor; estar con los hermanos es estar con el Señor.

para el Señor, no importa cuánto digas que lo amas, tus palabras no tienen el menor sentido. Si nosotros decimos que amamos al Señor, la expresión más fuerte y más práctica de esto es cuando amamos a los hermanos.

Volvamos a Juan capítulo 17. Nuestro Señor fue al Padre, y nos abrió la

El gozo del Señor

«*Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos*» (v. 13).

Una vez más, «*para que...*». Significa que el deseo de Cristo Jesús no es que nosotros tengamos nuestro gozo, sino Su gozo. Cuando nosotros

perdemos la comunión, no perdemos nuestra paz, sino la paz de Cristo, que sobrepasa todo entendimiento. Al perder la comunión, no perdemos nuestra alegría, sino la satisfacción de Cristo, su gozo entre nosotros. Pero él ora aquí, para que tengamos su gozo completo.

¿Cómo es posible tener un gozo completo? 1ª Juan 1, a partir del versículo 3, nos da su interpretación. «*Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros, y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido*».

Cuatro puntos

Primeramente, Juan nos dice que todo lo que ellos vieron, oyeron y predicaron, tiene como propósito la comunión. Sabemos que aquí Juan le está hablando a la iglesia. Esta es una carta apostólica a las iglesias. Él hace una declaración impresionante. Todo lo que vimos, oímos y predicamos, es para que tengamos comunión. Y lo más interesante es que él va a definir esta comunión, que esta comunión verdaderamente es con el Padre y con su Hijo.

En segundo término, la comunión no es una propiedad exclusiva de la igle-

sia, sino una propiedad exclusivamente divina. Nuestra comunión no tiene nada que ver con nuestras afinidades y pensamientos. Es mucho más que eso. No se limita a nuestros pensamientos doctrinales; ella traspasa todo eso. Tú puedes caminar con un hermano que no piensa como tú, que tenga incluso diferencias contigo. Y tú puedes disfrutar con él una rica comunión divina.

En tercer lugar, Juan dice que nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo. Entonces, aquí tenemos un tercer punto. Cuando yo tengo un problema con un hermano, cuando yo ofendo a mi hermano, entonces, de hecho, estoy ofendiendo a Dios, porque nuestra comunión verdaderamente es con el Padre y con su Hijo. Cuando yo estoy dividido de mi hermano, inevitablemente, estoy dividido del Padre y del Hijo.

Y un cuarto punto que Juan coloca aquí es: «*Estas cosas os escribimos...*». Él está escribiendo sobre la naturaleza y el carácter de esta comunión, comunión que es fruto de aquello que ellos vieron, oyeron y predicaron a la iglesia. «*Estas cosas os escribimos para que vuestro gozo sea cumplido*».

Ser ese jardín

¿Cuándo es posible tener el gozo completo? Recuerden Juan 17:13.

«*Para que tengan mi gozo*». ¿Y cuál es el gozo del Señor? Es cuando nosotros estamos disfrutando de su plena comunión. Necesitamos ser ese jardín donde el Señor se sienta plenamente agrado. Si anhelamos tener un buen aroma de Cristo, este principio es fundamental.

Si anhelamos ser, para este mundo, una carta viva del amor de Cristo, entonces el mundo debería percibir la comunión eterna en nuestro vivir. Nuestra comunión debe ser la base de nuestra predicación. ¡Cuánto nos confronta esto! ¡Cuánto nos habla Dios sobre esto!

Cuántas dificultades tenemos nosotros con nuestras esposas o esposos. Es aquí donde comienza la comunión. No podemos limitar la comunión a la mesa del Señor, a las reuniones de la iglesia. El primer aspecto de ella está en tu hogar. Allí comienza tu vida de amor, de perdón, allí comienza el camino de la cruz. Toda la obra de la cruz comienza a desarrollarse a partir de los relacionamientos más próximos. Allí nuestro ego será quebrantado.

No podemos ser cristianos que usan máscaras. Queremos la comunión de la iglesia, pero estamos fracasando en la comunión en nuestro matrimonio. Nuestra realidad de reunión de iglesia tiene que tener un

fuerte reflejo de aquello que vivo con las personas que están más cercanas a mí. Y esto incluye esposo, esposa, hijos.

No impidamos que el Señor tenga su gozo entre nosotros. Batallemos para tener este gozo completo entre nosotros. Solo en la iglesia podemos tener la realidad de los cielos en la tierra, solo en la vida de iglesia podemos disfrutar de esta realidad celestial.

Santificados en la verdad

«*Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad*» (17:19). La primera parte del texto es la clave para interpretar este punto de la oración del Señor. «*Por ellos yo me santifico a mí mismo*». ¡Cuán rica es esta frase!

En Hechos capítulo 2:22, se declara que nuestro Señor Jesús es el varón aprobado por Dios. Él fue y es el varón aprobado por Dios. Otro texto que nos ayuda a entender esta declaración está en Hebreos 4:15: «*(Él) fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado*». Necesitamos juntar estos dos textos, para comprender la fuerza de estas palabras de nuestro Señor.

Él dice que fue por nosotros que él se santificó. Debemos ver esto con

extremo celo y temor. Él no consideró su propia vida. Él fue tentado en todas las cosas, y buscó en todo ser aprobado. Lo que él tenía en vista era a ti y a mí. Él se santificó por nuestra causa. Él se santificó para que un día nos pudiera tener eternamente. Es lo que Pablo dice en Efesios 5:25. *«Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella».*

Él se dio por ella. Veán cómo Pablo toca este asunto en el punto más alto del propósito eterno de Dios en nuestra salvación. Él se dio totalmente por ella. *«Por ellos yo me santifico a mí mismo».* Todas sus batallas en la carne nos tenían en vista a nosotros. ¿Entendemos esto? Él dice, de sus ovejas, en Juan 10, *«Mi Padre que me las dio».*

Y allí en Hebreos capítulo 12, dice: *«Por el gozo puesto delante de él, sufrió la cruz»*, o *«Por causa de la alegría que le estaba propuesta».* Posiblemente encontramos aquí la clave para entender esta declaración de Hebreos.

«Por el gozo puesto delante de él». Esto es muy impresionante. Él se santificó por nosotros, para ser nuestra vida, para ser nuestro gozo, para ser nuestra santidad, nuestra justicia, nuestra comunión, nuestro

todo. En él no había el menor indicio de pecado. ¡Esto es muy precioso! *«Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad».*

Contraste con el mundo

Al estudiar el capítulo 17 del evangelio de Juan, vemos que el Señor se refiere trece veces al mundo. En el aspecto espiritual, sabemos que el mundo es una entidad. Y el Señor nos muestra algo claro respecto al mundo aquí. Versículo 11: *«Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo».*

Observen que el mundo tiene un poder destructor. Versículo 14: *«Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo».* Versículo 15: *«No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal».*

Veamos el versículo 11, de nuevo, solo para acotar un detalle. Cuando nuestro Señor dice: *«Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti, Padre santo... guárdalos en tu nombre»*, esta frase es muy importante. Cuatro veces en este capítulo, él hace referencia al nombre de Dios, diciendo *«tu nombre»*. Entonces, tenemos que ver algo muy importante aquí.

Según este pasaje, el mundo, como entidad espiritual, pretende operar dos cosas terribles contra la iglesia del Señor: sacar a la iglesia de debajo del nombre del Señor, y destruir nuestra santidad. Es decir, de manera maligna, el propósito del mundo es destruir nuestra santidad y nuestra unidad. Por eso, el Señor ruega: «Guárdalos del mal».

Hay dos formas de pensar sobre la frase: «*el mal*». Si pensamos de manera generalizada, comprende todo lo que es corrupto y corrosivo frente a Dios. Mas, si miramos de manera estricta este capítulo, podemos ver aquí que el propósito del mundo es destruir tanto nuestra santidad como nuestra unidad.

«*Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad*» (v. 17). El término *palabra*, aquí, es el mismo de Juan 1:1 y 1:14, *logos*. En estos dos versículos vemos que «*la Palabra era con Dios y la Palabra era Dios*», y la Palabra «*vino ... y habitó entre nosotros*». Esta Palabra, que era Dios, que habitó con Dios, es la palabra que nos santifica, la cual expresa la íntima comunión del Padre con el Hijo, la palabra que nos une.

A medida que el mundo nos va consumiendo, vamos perdiendo el deseo por la santidad, y esto trae como consecuencia la falta de unidad. Esto es triste, porque esta falta de uni-

dad no es simplemente un problema de relacionamiento, sino de carnalidad. Que el Señor nos guarde, que su palabra hoy opere poderosamente en nuestras vidas.

Cuatro tipos de unidad

Vamos al quinto punto de la oración de nuestro Señor. «*La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno*» (17:22). Vemos aquí el propósito por el cual él nos ha dado su gloria. Aún no hemos entrado en la plenitud de esta gloria; pero lo más triste es que podemos estar perdiendo mucho de ella, por no comprender el verdadero valor de nuestra vida de unidad.

Bíblicamente, podemos decir que existen cuatro tipos de unidad. Primero, la Biblia enfatiza la unidad de la Trinidad, la unidad eterna e inescrutable que existe entre las tres personas de la Trinidad. Son tres personas, pero son un solo Dios. Una sustancia eterna constituida de tres personas.

La segunda unidad en la Escritura corresponde a las dos naturalezas de nuestro Señor Jesús, como perfecto Hombre y perfecto Dios. Es una naturaleza humana y una naturaleza divina, no dos naturalezas mezcladas, sino dos naturalezas distintas, no separadas, sino unidas en una sola persona.

La tercera unidad que subraya la Biblia es la unidad entre Cristo y su iglesia. En el capítulo 14 del evangelio de Juan, vean los versículos 18 y 20. *«No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros ... En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros»*. Esta es la tercera unidad que enfatiza la Biblia. *«Cristo en vosotros, la esperanza de gloria»*.

La cuarta unidad es la iglesia, la unidad del cuerpo de Cristo. No podemos pensar en la unidad del cuerpo de Cristo sin esos tres maravillosos ejemplos en la palabra de Dios.

Unidad y amor

«Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado» (17:23).

Aquí tenemos dos grandes temas. Toda división de la iglesia es una contradicción al evangelio de Cristo. El mayor escándalo al evangelio de Cristo Jesús son las divisiones. Las contiendas y disensiones que hay en medio del pueblo de Dios son vergüenza para el evangelio. Y después, nuestro Señor dice, complementando el sexto punto: *«Los has amado a ellos como también a mí me has amado»* (17:23).

¿Cómo es posible que Dios ame a personas como nosotros de la misma manera en que ama a su Hijo? ¿Cómo entender este amor? Nosotros estábamos muertos en pecados, andábamos según la corriente de este mundo. Éramos hijos de ira, no éramos hijos del amor. El Señor Jesús era el Hijo de su amor. El Padre lo amó eternamente. Es el Hijo que nunca le causó alguna tristeza, que siempre vivió honrándolo. No así nosotros.

En muchas situaciones, nosotros hemos sido una vergüenza para Dios. Pero nuestro Señor Jesús aquí ora para que podamos tomar de una manera definitiva este amor. Aunque nos sea difícil comprender la plenitud de este amor, debemos aceptar que somos amados así como el Señor Jesús es amado por el Padre. Esta realidad de comunión nos deja sin palabras. Esta oración arrebató nuestro corazón. Que el Señor nos ayude a ver la belleza de todo esto.

Un camino de gloria

Un último punto, en el versículo 24. *«Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo»*.

«*Para que vean mi gloria*». La clave para interpretar esto está en la primera parte del versículo. «*Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo*».

¿Dónde está el Hijo? ¿Dónde estuvo siempre? El evangelio de Juan nos ayuda a entenderlo: «*A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer*» (1:18). «*Y si me fuere y os prepararare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis*» (14:3).

¿Cómo nosotros podemos disfrutar de esta gloria? Si la viésemos en su plenitud, seríamos consumidos. Pero, gracias a Dios, podemos contemplar esta gloria, y hacerlo con la certeza de saber que nosotros ya estamos dónde él está. Aunque no la hayamos disfrutado plenamente, sabemos que somos su iglesia, somos su novia, somos su cuerpo.

Hay un camino abierto ante nosotros hasta el trono, hasta el santua-

rio celestial. Podemos entrar, podemos disfrutar, vivir y comprender con todos los santos las grandezas, las maravillas, las bellezas, las glorias, de Cristo. Y todo eso es posible. Él dice: «Donde yo estoy, que ellos también estén conmigo».

Un día, veremos la gloria de todas las glorias. Hoy podremos contemplarla en nuestro espíritu y podemos sentir un poco de ella en esta dulce comunión; mas un día viviremos eso en plenitud. Todo lo que se relaciona con la vida de iglesia, con relación a toda la eternidad, nuestro Señor Jesús ya lo colocó delante del Padre. Y con certeza absoluta, el Padre ya le respondió.

Entonces, tenemos que ver que este tal vez sea el mayor de los capítulos concernientes a la vida eterna de la iglesia, y también a la realidad práctica de nuestro vivir.

Que Dios nos bendiga. Que esta palabra nos continúe edificando, para gloria de Cristo Jesús. Amén.

Transcripción de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2016.

Otra esfera

Nosotros pertenecemos por completo a otra esfera. Hemos muerto, y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Somos como un árbol que tiene sus raíces en el cielo y sus ramas acá abajo. Sin duda, nuestras ramas son estremecidas por la atmósfera aquí, pero nada puede tocar las raíces allá arriba.

J.B. Stoney

Visión y vocación



Nuestra comunión es el vínculo espiritual que permite a la vida de Cristo fluir y ser formada en nosotros.

Rodrigo Abarca

“

Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados”.

— Efesios 4:1.

En la carta a los Efesios, el apóstol Pablo expone su entendimiento acerca de la visión celestial en el propósito de Dios. Hoy, nosotros necesitamos entender un poco más acerca de aquel misterio eterno de Dios en Cristo Jesús, misterio que gobierna todos los tratos de Dios con el hombre y con la iglesia del Señor.

«Yo, pues, preso en el Señor». Literalmente, Pablo estaba preso en Roma. En esas condiciones, él escribió esta carta, tal vez su escrito más profundo, cuyo gran tema es la iglesia, su propósito, su naturaleza, su edificación y su gloria.

La epístola puede ser dividida en dos partes. La primera registra la revelación que Pablo recibió con respecto a la iglesia en el plan eterno de Dios. La segunda parte es la aplicación de aquello que se describe en la primera; por eso, esta sección comienza con la expresión: «Yo, pues ... os ruego». Este «pues» es fundamental para entender el pensamiento del autor; es un gran re-

sumen, la conclusión lógica, de aquello que él habló hasta ese momento.

«*Os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados*». El gran asunto de la primera parte podría ser descrito como «la vocación con que fuimos llamados». El inicio de la carta habla de la vocación celestial; la segunda parte nos enseña cómo andar; es decir, cómo nuestra conducta podrá expresar de manera digna lo que nosotros somos respecto de esa vocación.

Prisionero de Cristo

«*Preso en el Señor*». ¿Qué sucedió con aquel fariseo celoso que perseguía a los discípulos? ¿Cómo, aquel que odiaba tanto a la iglesia, llegó a ser el gran apóstol que conocemos hoy? En Hechos 26:12-18, él relata al rey Agripa su conversión. En el camino a Damasco, ante la visión de Cristo, Saulo cayó en tierra, cegado por una luz cuya gloria era mayor que la del sol de mediodía. Aquella luz, la revelación de la gloria del Señor, golpeó su corazón.

Las primeras palabras de Saulo fueron: «*¿Quién eres, Señor?*». Los judíos solo aplicaban la expresión «Señor» a Dios. En ese reconocimiento, en ese momento decisivo en la vida del apóstol, él se tornó un prisionero de Cristo. Saulo no es prisionero

de César. Él está en cadenas bajo el poder romano; pero él no dice ser preso del imperio, sino de Cristo. ¿Por qué? Porque él fue vencido por Cristo. Ese día, aquel hombre violento, arrogante, lleno de justicia y sabiduría propia, murió, y se levantó otro hombre totalmente diferente.

«*Pablo, prisionero de Cristo*». Definitivamente, él fue cautivado por Cristo, se volvió un esclavo de amor. ¿Por qué esclavo de amor? En el Antiguo Testamento, cuando un israelita se empobrecía, podía venderse a sí mismo como esclavo. Si hacía eso, solo tenía oportunidad de salir libre después de siete años. Pero si a él realmente le gustaba la vida con aquel amo, podía permanecer como esclavo suyo para siempre. Pero ya no era más un esclavo obligado. Si él permitía que su oreja fuese perforada, él sería para siempre un esclavo voluntario, un esclavo de amor.

La visión de Cristo y la iglesia

«*Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial*» (Hechos 26:19). Es la visión suprema que cautivó el corazón, la voluntad y la vida entera de Pablo, y lo hizo prisionero de Jesucristo. Esta visión está constituida por dos grandes elementos. El primero está en Hechos 26:14. «*Y habiendo caído todos nosotros en tierra, oí una voz que me hablaba, y*

decía en lengua hebrea: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón. Yo entonces dije: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues».

Cuando el Señor se revela a Pablo, éste recibe la visión que luego expresa de manera magistral en su carta a los efesios. La primera parte de la visión es: «**Yo soy Jesús**». Saulo perseguía al Señor de gloria, a aquel que dijo a Moisés: «*Yo soy el que soy*». ¡Es Dios encarnado, el Mesías esperado! La visión de Cristo, su supremacía y centralidad en los planes de Dios, la imagen misma del Dios eterno. Saulo cae postrado ante la gloria de Cristo.

La segunda parte de la visión es: «*Yo soy Jesús... a quien tú persigues*». El Señor está diciendo: «Cuando tú persigues a los que son míos, a mí me persigues; cuando los tocas a ellos, a mí me tocas», revelando a Saulo el misterio de Dios: que Cristo y la iglesia son una sola realidad. Pablo mencionará después aquella visión de Cristo y la iglesia como «*un solo y nuevo hombre*». Lógicamente, en ese momento, él no entendió todo su significado. Le tomaría mucho tiempo comprenderlo plenamente. Pero una cosa es cierta: ella cautivó su vida, y él vivió para servir a esa visión.

Ahora, la visión de Pablo no es simplemente una visión particular de él o para él: es la visión que gobierna todos los tratos de Dios con los hombres. Es la misma visión que todos manifiestan en la Escritura, desde diferentes ángulos.

La iglesia, expresión de la visión celestial

«*Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados*» (Ef. 4:1). Pablo dice que debemos ser en la tierra la expresión de esa visión celestial. Cuando ella llega a nosotros, se vuelve nuestra vocación. La vocación significa vivir por la visión; ella nos habla de la esencia de la iglesia.

La palabra griega *ekklesia* significa «aquellos que son llamados fuera». Este término era usado por los antiguos griegos. Las ciudades griegas eran autónomas, tenían su propio gobierno, en el cual participaban todos los ciudadanos. Cuando era necesario tratar asuntos de bien común, ellos eran convocados a una reunión pública, a la cual todos acudían dejando sus labores particulares. Aquella asamblea pública era llamada *ekklesia*.

En Éfeso, durante aquel tumulto por causa de los plateros que reclamaban la pérdida de sus ganancias a

causa de la predicación del evangelio, Hechos 19:41 dice: «Y habiendo dicho esto, *despidió la asamblea*».

Es interesante que la palabra traducida como *asamblea* es *ekklesia*. Esta palabra usó el Espíritu Santo para referirse a nosotros – la iglesia, los llamados a salir.

tenemos ese derecho. La iglesia es la asamblea que él llamó, que Cristo ganó con su sangre, para desarrollar en ella Su propósito.

Propósitos de la visión

«*Que andéis como es digno...*». Tenemos que acomodarnos a la visión

El llamamiento de Dios es plural; no puede ser desarrollado en forma individual. Necesitamos los unos de los otros.

Llamados a salir, no solo de los asuntos privados, sino del mundo y del poder del pecado, «*de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios*», para venir a Cristo, el centro del propósito de Dios. Esa es la asamblea que convoca el Señor, aquellos que él llama para sí, para que sean de él, y para que juntos con él realicen los propósitos de Dios.

Entendiendo esto, conviene hacerse algunas preguntas vitales: ¿Qué significa la iglesia? ¿Podemos hacer de la ella lo que nosotros queramos? ¿Podremos edificarla de la manera que a nosotros nos parezca bien? ¿Será la iglesia algo que nosotros podemos construir, edificar o establecer a nuestra manera?

Siendo la iglesia la expresión del propósito eterno de Dios, sin duda, no

celestial, y andar en este mundo expresando el propósito de nuestra existencia. ¿Qué significa la iglesia? ¿Para qué fuimos salvos? ¿Para qué el Señor nos compró a tan grande precio? ¿Por qué él nos amó de tal manera? Esto es lo que Pablo está respondiendo en esta carta.

Pablo nos mostrará el propósito divino, en tres grandes aspectos que hablan de lo mismo, pero desde puntos de vista complementarios. Ellos definen lo que somos, y la razón de nuestra existencia y de nuestro llamamiento como iglesia.

El primero de esos tres aspectos básicos está en Efesios 1:3: «*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo*».

A diferencia de Romanos, que se inicia con la condición del hombre caído y de ahí comienza a elevarnos hasta la gloria, en Efesios todo comienza en los cielos, antes que el hombre existiera y cayera en pecado. Aquí tenemos el propósito eterno, aquello que Dios se propuso antes de la fundación del mundo, la razón por la cual él creó el mundo y creó al hombre sobre la tierra.

Aquellos planes estaban escondidos desde antes de la fundación del mundo, y no fueron revelados sino hasta este momento, a los santos, por el Espíritu Santo. Esos pensamientos eternos parten en el corazón de Dios, y de allí descienden a la tierra, en la visión del apóstol. Todo comienza con *«el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo»*.

Pablo nos dice que, antes de empezar a desarrollar su propósito eterno, Dios hizo lo mismo que nosotros haríamos si tuviésemos un gran proyecto. Si tú vas a hacer un gran proyecto, por ejemplo, construir una casa, lo primero que harás será calcular el costo; luego, reunir los recursos necesarios, antes de empezar la construcción.

Y Dios, que es el mayor de los administradores, en la eternidad, concibi

bió en su corazón un plan eterno. Y, para realizarlo, la Escritura dice que él providenció, en Cristo, antes del tiempo, todos los recursos necesarios respecto de la iglesia. Por eso, dice *«que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo»*.

A menudo, nosotros pedimos a Dios que nos bendiga en alguna situación particular de nuestra vida. Pero la Escritura dice que Dios, que conoce todas las cosas de antemano, ya proveyó en Cristo Jesús todo lo necesario para el desarrollo y el cumplimiento de su propósito.

Nuestra vocación celestial

«...según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad» (Ef. 1:4-5).

Recuerden, el gran asunto de la carta es nuestra vocación celestial, el propósito por el cual Dios llamó a la iglesia. Necesitamos entender claramente esto para interpretar bien este pasaje. Dios *nos bendijo, nos escogió, nos predestinó*. Todos estos verbos están en plural. Lo que Pablo tiene en mente, no es a cada uno de nosotros como individuos, sino a

la iglesia como un todo, la cual constituye el gran asunto de su carta. Intentemos, entonces, entender el propósito eterno de Dios, porque predestinar significa asignar un destino de antemano.

«...*habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo*». Dios nos predestinó para él. He aquí el primer gran elemento de nuestra vocación celestial. Fuimos predestinados para recibir la adopción de hijos. El término aquí traducido como «*adoptados hijos*» es *huiiothesía*, y es vital para entender nuestra vocación celestial.

La *Huiiothesía* era una ceremonia de la antigüedad, en la cual un niño era declarado adulto. Los griegos usaban dos palabras para referirse a los hijos. La primera es *teknós*, y la otra es *huiós*. Ambas palabras aparecen en la Escritura, pero son distintas. *Teknós* nos habla de un niño pequeño, que aún está siendo formado para la vida adulta, bajo la autoridad y formación de sus padres.

Ahora tenemos algo muy interesante. Prácticamente, la mayoría de las veces que la Escritura se refiere a nosotros como hijos de Dios, se usa la palabra *teknós*.

Por ejemplo, en Juan 1:12: «*Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potes-*

tad de ser hechos hijos de Dios». Todos los que creyeron y recibieron al Señor Jesús, recibieron el poder de ser hechos hijos de Dios. Aquí se usa la expresión *teknós*, hijos pequeños, de Dios.

Porque el sentido es que él nos dio la vida suya, para que nos convirtiésemos en sus hijos, engendrados por él, para que, a través de un proceso de maduración, llegásemos a ser hijos maduros. Esta palabra significa hijos que tienen la naturaleza del Padre, y que tienen la capacidad de llegar a ser hijos maduros.

La segunda palabra, *huiós*, se usa siempre que se habla del Señor Jesús como Hijo, porque él es el Hijo de Dios maduro, el Hijo que refleja de manera perfecta la imagen, el carácter y la gloria de su Padre. «*Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos*» (Rom. 8:29).

Aspecto práctico de la vocación

Otro aspecto. Si nuestra vocación celestial es ser hijos de Dios conformados a imagen de su Hijo, ¿qué significa eso en el sentido práctico? ¿Qué significa andar como hijos de Dios? En la primera parte de Efesios, capítulos 1 al 3, la palabra más im-

portante es lo que *somos* en Cristo. En la segunda parte, desde el capítulo 4, la palabra clave es *andar*, es decir, lo que nosotros *hacemos* en respuesta a la visión celestial.

«*Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados*» (Ef. 5:1). El rasgo principal de los hijos de Dios es ser como su Hijo. «*Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante*» (5:2). Cristo, el Hijo maduro de Dios, es el modelo, aquel a cuya imagen seremos formados.

Esto no significa que cada uno de nosotros trate, por sí solo, de ser semejante a Cristo. No. El llamamiento de Dios es plural; no puede ser desarrollado en forma individual. Necesitamos los unos de los otros.

Andando como hijos de Dios

Para ser transformados, debemos andar en amor, como hijos de Dios. ¿Cómo podría ser esto, si no tuviéramos a quién amar? Nosotros somos expresión del carácter eterno de Dios, y cuando vemos a Dios allá en la eternidad, en su intimidad hallamos que él es un Dios trino. Son tres personas que se aman eternamente entre sí. Dios es amor, porque es un Dios en tres personas. Para que haya amor, debe existir aquel que ama y aquel que es amado.

El Padre ama al Hijo y el Hijo ama al Padre, y el Espíritu Santo es la expresión de ese amor eterno del Padre y del Hijo. Entonces, tenemos algo similar a una preciosa familia, donde el Padre, el Hijo y el Espíritu comparten ese amor eternamente. Y nosotros fuimos llamados a ser parte de esa familia, a participar de ese mismo amor.

Ser hijos de Dios, llegar a ser como Cristo, significa llegar a amar como Cristo, a participar de su amor. Es por eso que el Señor Jesús, cuando reúne a sus discípulos en la última cena, les dice: «*Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros*» (Juan 13:34). Este es el gran mandamiento del Señor.

¿Cómo nos amó el Señor? Él «*se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante*». Amar es andar como él anduvo.

Juan, al describir la naturaleza esencial de la iglesia, dice: «*Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida*». Esta fue la experiencia de los apóstoles con Jesús, pues allí realmente comenzó la iglesia.

La vida de comunión

Cuando Jesús llamó a aquellos hombres para vivir con él durante tres años y medio, estableció el principio de la iglesia. Aquello que vivieron juntos sería el modelo de lo que vendría después. De alguna manera, el Señor vivió con ellos la vida de iglesia, antes de Pentecostés.

«Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo» (v. 3).

Si de alguna forma pudiésemos describir la esencia de la vida de iglesia, podríamos decir que su esencia es la vida de comunión. En esa comunión de los unos con los otros, en verdad, estamos teniendo comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo.

Nuestra comunión es parte esencial de lo que somos para Dios. Los vínculos que Juan menciona no son cosas meramente humanas; son el fundamento de todo lo que Dios quiere desarrollar entre nosotros. Por eso, La vida de comunión no es una mera relación natural o social. Nuestros lazos son vínculos espirituales de amor y comunión divina, que surgen de la comunión del Padre y del Hijo con nosotros.

«¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía! Es como el buen óleo sobre la cabeza, el cual desciende sobre la barba, la barba de Aarón, y baja hasta el borde de sus vestiduras; como el rocío de Hermón, que desciende sobre los montes de Sion; porque allí envía Jehová bendición, y vida eterna» (Sal. 133).

El salmista dice que la vida de comunión entre los hermanos es como óleo precioso sobre la cabeza del sumo sacerdote, que desciende hasta el borde de sus vestiduras. En el tiempo antiguo, el sumo sacerdote era ungido con el aceite santo de la unción, que cubría todo su cuerpo. Eso tiene un sentido espiritual ahora, una tipología.

La unción del Santo

Cristo es nuestro verdadero sumo sacerdote, él es el Cristo, el Ungido, aquel que recibió la unción plena del Espíritu Santo. Sin embargo, en la visión celestial, Cristo y la iglesia son una misma cosa, y la unción que recibió la Cabeza, desciende para cubrir todo el cuerpo. La misma unción que Cristo recibió, también la recibe su iglesia. Es por eso que él envió el Espíritu Santo.

¿Cuál es la característica esencial de esa unción? La vida de unión y armonía entre los hermanos. El Espí-

ritu Santo es el Espíritu de comunión; la comunión es generada y sustentada por él. La unción derramada sobre nosotros posibilita que podamos vivir juntos y en armonía. El Espíritu nos atrae unos a otros para formar un solo cuerpo, una familia.

Nuestra comunión, nuestras relaciones, son vínculos espirituales, que permiten que la vida de Cristo pueda fluir y ser formada en nosotros. Es importante resaltar este punto.

«Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados» (Ef. 5:1). En los versículos anteriores, descubrimos esto: *«Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención»* (Ef. 4:30).

¿Cómo la iglesia podría entristecer al Espíritu? *«Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo»* (v. 31-32). Y entonces, sí, como un resumen de todo esto, *«sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados»*.

Esto significa que los versículos iniciales del capítulo 5 son la conclusión de aquel que dice: *«No contristéis al Espíritu Santo de Dios»*. Nuestros vínculos de amor no los hemos creado nosotros, sino el Espíritu de Dios, y son el efecto de Su presencia en la vida de iglesia.

Cuando rompemos esos vínculos, con amarguras, enojos, griterías, entristecemos al Espíritu Santo, porque él es el Espíritu de comunión. Y así como el amor del Padre y el Hijo se manifiesta plenamente en la comunión del Espíritu, así también ocurre con nosotros. Al ofender al Espíritu, impedimos que esa vida de comunión fluya, restringiendo la vida de Cristo en nosotros, poniendo estorbo para que ella se desarrolle y obstaculizando el cumplimiento del propósito divino.

Entonces, el primer gran aspecto de nuestro llamamiento es ser hechos conforme a la imagen de su Hijo, y esto solo podrá ser alcanzado en la medida que vivamos esa vida de simplicidad, de comunión y de amor.

Síntesis del primero de tres mensajes sobre Visión Celestial, impartido en Brasil (2014).

Un acto de adoración

La predicación no es ni más ni menos que la preparación del único sacrificio que puede ofrecerse a Dios: el corazón contrito y humillado, por sí mismo, por su pueblo, por el mundo. De ahí que la predicación del evangelio sea un acto de adoración.

Raymond Calkins, *El Romance del Ministerio*

LEGADO

Toda la vida y el servicio cristiano son verdaderamente un asunto de visión.



La visión de Dios, una necesidad

T. Austin-Sparks

Lecturas: Pv. 29:18; 1 Sam. 3:1; Zac. 4:1-2; Hech. 26:16-19; Rom. 1:1-3.

Si alguien me preguntara cuál considero la necesidad que involucra el mayor número de asuntos vitales en el pueblo del Señor, resumiría todo en una palabra: *Visión*, una visión dada por Dios. Si reflexionamos por algunos minutos, veremos que la Biblia es casi por entero un asunto de visión, que toda la fe cristiana del Nuevo Testamento es un asunto de visión, y toda la vida y el servicio cristiano son verdaderamente un asunto de visión.

La visión comprende dos aspectos: significa algo visto, y también la capacidad de ver; es algo presentado para ser visto, y la aptitud de ver aquello que es presentado. Eso es la visión. Puede haber una visión imperceptible en un primer momento, una presentación no discernible. Sin duda, así sería muy difícil estimar el valor y la importancia de la visión divinamente concedida.

En el Nuevo Testamento se usa también otra palabra para *visión*. Es la palabra *revelación*, una expresión muy amplia. Sin importar qué punto trataremos respecto de la vida cristiana en el Nue-

vo Testamento, estaremos tocando la visión o la revelación.

El comienzo de la vida espiritual

El comienzo o el estado inicial de la vida cristiana es visto en el Nuevo Testamento como un asunto de revelación o visión. Esto es una presentación al corazón y una aprehensión entrañable del Señor Jesús; y a menos que sea esa la naturaleza del principio de la vida cristiana, habrá una carencia esencial y vital.

Toda vida cristiana que sea un mero consentimiento mental a ciertas proposiciones de la verdad cristiana, y un registro de tu nombre en una hoja de papel que diga que tú te hiciste cristiano, carece de algo que es esencial para hacer de ella una fuerza poderosa.

Los inicios de la vida de fe constituyen una revelación de Cristo al corazón en una aprehensión genuina de él. Es un asunto de visión espiritual interior. Esa visión puede ser de carácter muy elemental, puede ser muy imperfecta en lo que concierne a la plenitud de Cristo, pero es suficiente para su fin inmediato, y es tremendamente real para aquellos que la poseen, para aquellos que son capaces de decir, con las palabras que fueren: «Yo he llegado a ver al Señor Jesús como mi Salvador». Cuando tal cosa puede ser dicha con realidad, eso representa visión, si esa es la vi-

sión del corazón. Entonces, al hablar de los orígenes de la vida cristiana, nos estamos refiriendo a la visión.

La continuidad de la vida espiritual

Cuando tratamos de la continuación de la vida cristiana en el Nuevo Testamento, también nos encontramos con la visión. La continuidad de esta vida es el desarrollo, el crecimiento, el progreso, lo que implica mayor plenitud de Cristo.

Cuando se alcanza un entendimiento más pleno de Cristo, cuando se logra algún progreso, algún movimiento, algún avance, algún desarrollo, algún crecimiento, siempre hallaremos que esto ocurre por medio de una nueva visión o revelación. Es un desvelamiento adicional, una revelación más plena. Es una nueva aprehensión presentada al corazón, y algo nuevo visto por la obra del Espíritu Santo. Es muy diferente de un mero conocimiento intelectual o doctrinal, el cual puede quedarse corto frente al dinámico poder de expansión de la vida espiritual.

El verdadero progreso, tal como lo encontramos en el Nuevo Testamento, tiene como base una revelación fresca, una revelación más plena, una nueva visión. Si esto es real, un creyente activo tiene su progreso marcado por ser capaz de decir como al principio: «He llegado a ver al Señor

de una manera nueva, más plena, con los ojos del corazón iluminados».

La consumación de la vida espiritual

Lo que es verdad acerca del inicio y a la continuación, también lo es con relación a la consumación de la vida espiritual. Si miramos la consumación de la vida espiritual, veremos que ella se relaciona con la revelación de Jesucristo. ¿Qué es la consumación de la vida espiritual? La aparición de Cristo, con la cual está cercana e inseparablemente ligada la consumación de nuestro progreso espiritual. *«Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él»* (1ª Juan 3:1). Ese es el comienzo.

«Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es» (v. 2). Esa es la consumación de la vida espiritual. Seremos como él, porque le veremos. Hay un maravilloso poder de cambio por el hecho de ver al Señor, desde el comienzo al fin.

Visión necesaria para el servicio

Esto mismo es válido para el servicio. Observemos el servicio en el Nuevo Testamento, y comprobaremos que

es inseparable de la visión. Si el apóstol Pablo es una representación del verdadero servicio espiritual, es evidente que la visión fue la base de todo lo relacionado con él. *«No fui rebelde a la visión celestial»* (Hech. 26:19). Él fue constituido ministro y testigo porque el Señor se le apareció a él. Él hizo referencia a eso en su carta a los gálatas con palabras que nos son muy familiares: *«Pero cuando agradó a Dios ... revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles...»* (Gál. 1:15-16). El servicio está ligado a la visión.

Visión que liberta

Cuán importante es, entonces, la visión, si ella es realmente el trasfondo, el fundamento, la base de la vida y el servicio en relación al Señor Jesús. La visión ejerce un poder maravilloso entre el pueblo del Señor. Uno de los efectos de la verdadera visión, de la visión dada por Dios, es libertar a su pueblo de todo aquello que sea menos que el Señor, y ese no es un efecto menor. Es un poder libertador.

Esta es la razón por la cual la visión es tan necesaria hoy en día. El pueblo del Señor está tan limitado, tan apocado, tan estrecho, tan preso, tan inhibido y tan corto en su horizonte espiritual. Muchos están tan limitados por las aceptaciones comunes tradicionales, porque «así era en el comienzo, así es ahora y así será siem-

pre», en cuanto se refiere a un sistema. Es algo que se volvió estático, inalterado.

Pablo mismo se movió dentro de una esfera muy rígida y fija, el ámbito del «tú debes y tú no debes» —reglas que podían ser aplicadas en innumerables asuntos en la esfera de un sistema muy rígido de la vida religiosa— que lo ataba a esta tierra. Entonces él tuvo la visión del Señor; y en el día en que recibió esa visión dada por Dios, fue hecho libre de esta tierra, de toda ligazón con el mundo, aun en el ambiente religioso. Él fue libertado de todo aquello que, con terrible poder, lo ataba tan rígida y firmemente en su antigua vida.

Este es uno de los milagros del Nuevo Testamento: cómo un iracundo fariseo, un judío tan radical como Saulo de Tarso, pudo ser totalmente despojado de toda la tiranía y esclavitud del judaísmo, y salir a un lugar espacioso donde él pudo decir: «*Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación*» (Gál. 6:15).

Pensemos en un hombre como Saulo de Tarso diciendo eso, con toda aquella historia detrás de sí, su nacimiento, su crianza, su instrucción. No es fácil librarse de algo que está en la propia sangre, y que ha estado allí por generaciones. Si fuese así nuestro caso, nunca podríamos pensar de manera diferente. No es algo pasivo,

sino algo activo y enérgico en nuestro ser, haciéndonos tomar aquella dirección. Eso era el judaísmo.

Toda aquella tremenda vehemencia de Saulo de Tarso lo hizo ser más celoso que los demás. «*Aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso*» (Gál. 1:14), dijo él. Todo eso estaba en su sangre. Y ahora encontramos a un hombre libre de aquello, repudiando toda esa situación y volviéndose de ella, dispuesto a combatirla y abatirla, ahora con una nueva fuerza y un nuevo poder. ¿Quién provocó aquello? La visión. No meramente una visión mística, sino algo más allá de lo psíquico. Es el milagro de la revelación de Jesucristo, y nada más puede realizarlo. Ese tipo de visión nos liberta de todo aquello que es menos que el Señor, aun cuando se trate de algo de connotación religiosa.

Visión que unifica

La verdadera visión, la que es dada por Dios, es un magnífico poder unificador y de consolidación. Proverbios 29:18 toca ese punto. «*Sin profecía el pueblo se desenfrena*». Más literalmente, sería: «Donde no hay visión, el pueblo se desintegra (se despedaza, se desmorona, pierde su cohesión, pierde su solidez)».

Eso es muy cierto. Solo miremos los días de Samuel: «*En aquellos días ...*

las visiones no eran frecuentes» (1 Sam. 3:1), y ¿cómo fueron aquellos días? Días terribles. Uno de los trágicos frutos de aquellos días fue que el pueblo haya dicho: «*Constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones»* (8:5). De esta forma, rechazaron el gobierno de Dios, prefiriendo en su lugar el gobierno del hombre. Eso siempre es desastroso.

Hasta ese día, Dios había sido su rey, su Señor. Él había estado en el trono, pero ahora ellos habían perdido la visión, poniendo a un hombre en su lugar. ¡Qué tragedia! Entonces, el pueblo fue arrasado. Los filisteos dominaron, el arca fue robada, todo fue marcado por la debilidad y la desintegración; el pueblo se desmoronó; no había visión.

Hay una patética falta de cohesión entre el pueblo de Dios hoy en día. ¿Por qué toda esa desintegración, esas fragmentaciones, esas fracciones dispersas? ¿Por qué toda esa división en el pueblo del Señor? ¿Por qué? Porque la interpretación humana ha tomado el lugar de la revelación del Espíritu Santo. ¿Es eso verdad? Oh sí, es verdad. Cuando el Espíritu Santo ocupa su lugar y las personas están siendo iluminadas y enseñadas por él, no hay dos mentes; hay una sola mente, una sola visión, una maravillosa integración.

Hoy, existe la enorme necesidad de una nueva revelación por el Espíritu Santo al corazón del pueblo de Dios, para que ellos puedan venir a esa revelación de Cristo que otorga el Espíritu Santo, y con la revelación se conviertan en un solo pueblo, gobernado por una sola visión. Así fue al comienzo.

Alguien podrá decirme: «Tú estás proponiendo un proyecto de perfección, algo que no nos atrevemos a alcanzar en este tiempo». Bien, yo me atrevo a esperar eso; no algo que abarque a todo el pueblo de Dios, pero creo que es posible alcanzar una medida mucho mayor de la que existe ahora.

Nosotros somos llamados a orar a fin de que el Señor dé una visión a los instrumentos de su ministerio en este tiempo en el cual él traerá a su pueblo a una nueva revelación de sí mismo, y luego los irá reuniendo, no como una organización o como una multitud de gente que acepta cierta interpretación, sino uniéndolos por lazos espirituales, porque han visto al Señor de una manera nueva.

Todo lo que anhelamos es que haya tal ministración de Cristo en este mundo, por la revelación del Espíritu Santo, para que, todo lo que es menos que Cristo, sea retirado, y el pueblo sea unido al Señor mismo. Y ellos si estuvieren unidos con él, entonces

sí habrá unidad, y cesarán las divisiones.

Visión que sostiene

Por otra parte, cuánto poder de sustentación posee la visión. Tomemos una vez más al apóstol Pablo como ejemplo. ¿Qué era aquello que lo mantenía avanzando? Hablando naturalmente, si había un hombre que debió desistir, ese hombre era él. Me imagino a Pablo renunciando a todo en algunas situaciones.

Si tú o yo hubiésemos sido un pastor de la iglesia en Corinto, creo que habríamos desistido muy rápidamente. Tal vez en otros lugares, hubiésemos preferido un pastorado itinerante (si eso no es una contradicción de términos), porque no podríamos sopor-

avanzar hasta la meta por el poder de Dios. Pero ¿qué fue aquello que sustentó su caminar? Fue su visión del Señor. La visión celestial. La revelación de Cristo es un gran poder de sustentación.

La naturaleza de la visión

El solo decir que necesitamos de una visión de Cristo puede no llevarnos muy lejos, a pesar de que veamos la existencia de tal necesidad y el valor de la visión.

En Romanos 1:1-3, Pablo dice que la revelación concerniente al Hijo de Dios fue dada por los profetas en las Escrituras. Pero lo que nosotros veremos, lo que necesitamos ver, es que en el Nuevo Testamento hay un encuentro, de manera espiritual, de

Uno de los efectos de la verdadera visión, dada por Dios, es libertar a su pueblo de todo aquello que sea menos que el Señor.

tar el servicio local. Pero Pablo soportó hasta el fin; aun cuando ellos desistían, Pablo no desistía de ellos. ¡Y cómo sufrió! Cuánta cosa cayó sobre él, pero él continuó hasta que pudo decir: «*He completado la carrera, he guardado la fe*» (2ª Tim. 4:7). Puedo percibir un eco de las palabras del Maestro respecto a eso, de otra manera: «Ningún hombre me la quita, yo la pongo de mí mismo». Es un

los significados más profundos de las visiones de los profetas. En este pasaje al inicio de la carta a los Romanos, donde el apóstol dice que hemos recibido aquello que fue prometido a través de los profetas concerniente al Hijo, tenemos al menos la sugestión de que en el Nuevo Testamento está definido el valor espiritual de aquello que los profetas vieron, de aquello que estaba en la visión de

ellos. Ilustraremos tal instancia con algunos ejemplos.

Hemos dicho que en el Nuevo Testamento tenemos, de manera espiritual, para nuestra comprensión sobre Cristo, aquello que en verdad estaba inicialmente por detrás de la visión de los profetas. Tomemos cuatro ilustraciones de la visión profética.

Visión de Cristo como la Cabeza soberana de la iglesia

Regresemos al profeta Isaías, en aquel conocido pasaje: *«En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo»* (6:1). Es el Evangelio que concierne al Hijo, prometido en las Escrituras por medio de los profetas. Pero, ¿en qué lugar aparece el Evangelio? Eso es una cuestión de visión. ¿Cómo está eso representado en el Nuevo Testamento?

El Nuevo Testamento está lleno de la supremacía y de la sublimidad del Señor sentado sobre el trono, y de sus vestiduras llenando el templo. En otras palabras, es la soberanía absoluta de Jesucristo como cabeza de su iglesia. Dios lo resucitó de entre los muertos *«... sentándole a su diestra en los lugares celestiales ('sentado sobre un trono'), sobre todo principado y autoridad y poder y señorío ('alto y sublime'), y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este*

siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (las faldas de sus vestiduras llenaban el templo)» (Ef. 1:20-23). Esta una revelación de Cristo en su primacía sobre todas las cosas, a la iglesia que es su cuerpo, la cual es la plenitud de él.

Busquemos una visión de eso. Busquemos una revelación de eso a nuestro corazón por el Espíritu Santo, y veremos su poder de liberación y de sustentación. Esa debe ser la revelación presente en el corazón. Es eso lo que el Señor ha buscado revelar hace mucho tiempo y cada vez más a nuestros corazones.

El punto es que, habiéndonos sido presentado ese aspecto de la visión, tú y yo tenemos que pedir al Señor la capacidad espiritual para verlo. Y eso nos lleva a otro pasaje de la misma carta: *«Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento...»* (1:17-18). Este es el otro aspecto de la visión: nuestros ojos espirituales siendo iluminados. ¿Orarás para obtenerlo? ¿Orarás para que todo el pueblo de Dios tenga esto?

Cuando el pueblo del Señor alcance, por el Espíritu Santo, una nueva re-

velación sobre el soberano señorío de Cristo, y comience a retener la Cabeza (Col. 2:19), ellos abandonarán todo lo que es local, personal, diferente y disperso en el mundo. Este es el lugar de la unidad. Si Cristo es la absoluta y soberana cabeza en nuestras vidas, como hijos del Señor, no habrá discordias entre nosotros. Cuando el Señor tenga pleno dominio como cabeza en nuestras vidas, toda independencia de acción y vida, toda voluntad propia, todo rumbo propio, toda vanagloria y vindicación propia se irán enseguida. Esas son las cosas que nos separan hoy a los unos de los otros.

Mencionamos el libro de Isaías; recordemos que allí tenemos los resultados de una visión de ese tipo en el hombre Isaías. Tal visión tuvo el efecto inmediato de humillarlo hasta el polvo. Sí, perdemos todo el orgullo, toda nuestra importancia, cuando vemos al Señor en gloria. «¡Ay de mí!». Eso es humillación.

Luego, tras la humillación, viene la consagración: «*He aquí que esto (la brasa) tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado*». Y tras la humillación y la consagración, viene el llamamiento. «*¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondió yo: Heme aquí, envíame a mí*» (6:6-8). Una vida apropiada a los propósitos del Señor para el servicio es el resultado completo de una revela-

ción del señorío absoluto y soberano de Jesucristo.

Tal es la enseñanza de Isaías. Y así es en el Nuevo Testamento. Si vamos al libro de los Hechos, veremos que el servicio allí manifestado fluía de la exaltación de Cristo, a quien ellos habían visto.

Visión de Cristo en Su señorío universal

Pasando por Isaías, Efesios y Colosenses, vamos ahora a Daniel. Solo algunos pasajes. No podemos ir al fondo en las visiones de Daniel, pero, resumiéndolas, ¿cuál es el resultado principal? ¿No es acaso el curso de la historia mundial moviéndose en dirección a Cristo, para su consumación? Los imperios pasan como un desfile teatral ante los ojos espirituales del profeta.

En rápida sucesión, él ve aquellos poderosos imperios mundiales, cada uno cayendo ante su sucesor. Y al final, Daniel ve una piedra, cortada no por manos, quebrantar la historia de este mundo, y un Reino es levantado, cuyo fin no se ve y nunca será visto; y el dominio y la autoridad son concedidos al pueblo del Altísimo, viniendo el Señor a reinar, pues éste es su derecho. Esta es la consumación de la historia del mundo, el desfile de todos los imperios moviéndose en dirección a Cristo.

Esa es una gran lección espiritual, pero el valor espiritual de esto es captado de inmediato en la carta a los Colosenses, como en otras partes del Nuevo Testamento, y ahí está perfectamente claro que el predestinado propósito de Dios para este mundo es que Cristo sea, al final, todo en todos, preeminente en absoluto en el universo, y que, aunque pueda parecer que otros poderes están controlando la historia de este mundo, hay fuerzas mucho más poderosas moviéndose y pareciendo tocar su destino.

Cuando Daniel vio esas fuerzas operando —como por ejemplo, durante las conquistas de Alejandro el Grande, en todo el mundo—, sin duda que él se maravilló con el fin que aguardaba a ese imperio. Este hombre había capturado y conquistado todo, subyugando todas las cosas; y no había más reinos para conquistar, pues él ya poseía el dominio absoluto. Y entonces Daniel vio a Alejandro el Grande derribado con un soplo, destruido antes de alcanzar una mediana edad, y vio otro poder que arribaba. Y Daniel vio más. ¿Cuál sería el fin de todo eso? Él vio el final en las manos del Hijo del Hombre.

Si miramos el mundo de hoy, bien podríamos decir, viéndolo naturalmente: «Bueno, ¿qué ocurrirá ahora? Las cosas van de mal en peor. Vean cómo está todo. Vean cuánta

cosa terrible está aconteciendo en el mundo». Las vemos y preguntamos: «¿Cuál será el fin?». Bueno, el fin será Jesús en el trono del dominio universal. ¡Nada podrá evitarlo! Tengamos eso en el corazón, y veamos cuánto poder tiene esa visión. La visión tiene un poder inmenso.

Donde no hay visión, el pueblo ciertamente se desintegrará. Tú, ciertamente, te derrumbarías si estuvieses preso por las condiciones del mundo, si ellas fuesen todo lo que puedes ver. Así es el corazón del hombre debilitado por el miedo; pero hay toda una diferencia cuando se tiene la visión.

Colosenses 1:16-17 establece definitivamente: *«Porque en él fueron creadas todas las cosas (...) Todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten»*. Y él está destinado por el eterno consejo de Dios para tener, al final, la preeminencia en todas las cosas. El primer capítulo de la carta a los Colosenses es la suma espiritual de las visiones de Daniel.

Visión de la iglesia que es Su cuerpo

Pasemos de Daniel a Ezequiel. Entre las muchas visiones de Dios concedidas a Ezequiel, seleccionamos una muy conocida, en el capítulo 40, la visión del templo que está para venir, el templo de la época final. La vi-

sión es de un varón con una caña de medir, viniendo y midiendo el patio y el templo, y tomando de manera detallada las dimensiones de todo lo relacionado con el templo: los muros, su altura, su longitud y su anchura; cada pasaje, cada corredor, cada cámara, cada vaso; todo medido con exactitud. Luego se anota con precisión lo que son esas cosas, como por ejemplo, qué es y para qué sirve cada cámara.

Todo está descrito en su naturaleza, sus dimensiones y su propósito. Y fuera del templo, el río bajo el altar, brotando, ganando volumen, profundidad, longitud y fuerza, conforme va avanzando. Los árboles en ambos lados, continuamente generando frutos, cuyas hojas nunca caen. Nos preguntamos: «¿Dónde está el Evangelio en esto?». Bueno, regresemos de nuevo a la carta a los Efesios y tendremos todo aquello muy claro, descrito con precisión y explicado para nosotros.

Este templo tiene su contraparte espiritual en esta dispensación, en la iglesia que es Su Cuerpo. Aquí, en este templo, tenemos a Cristo presentado como la iglesia, y tenemos las medidas de Cristo, en las cuales su pueblo ha de entrar, a fin de que cada uno ejerza su función, *«según la actividad propia de cada miembro»*, como lo expone Pablo en Efesios 4:16. Esa es tu medida en Cristo. No

estés en menor cuantía de ella, ni intentes sobrepasarla. Entonces, alcanzaremos nuestra plena medida cuando estemos juntos. Pablo dice: *«Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe (...) a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo»* (v. 13).

No solo tenemos una medida, sino también tenemos un lugar para funcionar en Cristo, porque en este Templo hay lugares de servicio, y cada uno tiene su lugar asignado en el ministerio, y cada coyuntura ha de funcionar, y cada miembro debe cumplir su función: *«Porque (...) el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros»* (1ª Cor. 12:12), *«pero no todos los miembros tienen la misma función»* (Rom. 12:4), a pesar de que cada uno *tiene* su función; no la misma función, pero todos tienen un servicio.

Luego encontramos aquellas cámaras para el descanso de los siervos del Señor. Los lugares de reposo. Y tú y yo hemos venido a descansar en Cristo. Estamos tan familiarizados con eso, que tal afirmación ya no provoca asombro en nuestros corazones, pero el Evangelio aparece en todo eso y ha venido por revelación a través de los profetas.

¡Qué bueno sería si tú y youviésemos esa visión, de la iglesia como el cuerpo de Cristo, del maravilloso orden celestial, según el cual a cada uno de nosotros es dada una medida, *«de*

acuerdo con nuestra medida», y que nosotros debemos ser eficientes en esa medida! A cada uno de nosotros ha sido dado un lugar en Cristo, y a cada uno es dado un servicio en Cristo, y cada uno, por tener un lugar, una medida y un servicio, debe conocer su propio reposo en Cristo.

La revelación espiritual de la iglesia como el Cuerpo de Cristo es algo maravilloso; y cuando vemos la iglesia de ese modo, nos avergonzamos de nosotros mismos, porque siempre pensábamos acerca de la iglesia como una institución de la tierra. En esa revelación celestial de lo que es la iglesia, todos los santos tienen su lugar respectivo creciendo a su medida en Cristo y cumpliendo su servicio en Cristo. Esa es la iglesia, el templo, *«un templo santo en el Señor»*. ¿Orarás por esa visión, por esa revelación? ¿Orarás para que el pueblo del Señor en todo lugar alcance esto? Esto es algo que requiere oración. Esa es una necesidad hoy.

Visión del vaso "vencedor"

Concluiremos con una palabra de Zacarías. Entre las visiones de este profeta está la del capítulo 4: *«Volvió el ángel que hablaba conmigo, y me despertó, como un hombre que es despertado de su sueño. Y me dijo: ¿Qué ves? Y respondí: He mirado, y he aquí un candelabro todo de oro, con un depósito encima, y sus siete*

lámparas encima del candelabro, y siete tubos para las lámparas que están encima de él» (v. 1-2). ¡Un candelabro de oro puro!

¿Qué es eso de acuerdo con la revelación del Nuevo Testamento? Es un instrumento exclusivo de Dios aquí en la tierra, para manifestar el testimonio de Jesús; algo enteramente de Dios; no hecho por hombre ni constituido por hombre, sino algo que Dios produjo, en el cual hay un testimonio llameante de Jesús por el aceite del Espíritu Santo.

¿Quién dirá que el Señor no necesita de eso hoy? ¿Quién dirá que el pueblo del Señor no necesita regresar a esto o ir en dirección a esto: ser para Él un vaso, un instrumento totalmente constituido por Dios, hecho de aquellos elementos divinos de oro puro, en los cuales el testimonio arde y resplandece, sin cesar, porque el óleo incesante del Espíritu está fluyendo sin traba? Eso no es imposible. No está más allá de la voluntad del Señor para hoy.

No dejemos que esto sea meramente visionario. El Señor nos salve de que eso se convierta en algo apenas visionario, pero oremos para que Cristo llegue a ser una revelación viva en nuestro corazón. Esto no es algo de la mente o de la imaginación. ¡Amados, esto es real! Puede ser dicho en un lenguaje más suave, en términos más secos, pero esto es lo que

se ha convertido en la pasión del corazón de algunos de nosotros; es lo que nos ha libertado y sostenido; es lo que ha constituido el servicio de algunos de nosotros.

Entonces, podemos afirmar que esto es lo que está manteniendo juntos a algunos de nosotros, cuando nada más podría unirnos. Es la capacitación del Espíritu Santo para que aprehendamos a Cristo.

«¿Qué ves?»

Concluimos con la pregunta hecha por el ángel: «¿Qué ves?». En primer lugar, ¿has tenido una visión? El progreso, el ministerio y todo lo relacionado con la vida, fluye de la visión; de otro modo, no cuentan para nada. ¿Qué has visto tú? Si tenemos visión, también es importante poder declararla. Si tú tienes una visión, ¿puedes explicarla? ¿Puedes declararla? ¿O ella está encerrada en ti?

Todo esto nos guiará luego a una oración muy definida. Esta es la dirección para orar: el testimonio vivo del Señor, un vaso para este testimonio, la verdadera visión espiritual, la revelación de Cristo al corazón.

El pueblo de Dios necesita visión. Oremos para que sus ojos sean abiertos, para que podamos ser un ministerio de «abrir los ojos», a fin de que estas palabras también sean realidad con respecto a nosotros: «...para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados»; «Sin profecía el pueblo se desenfrena»; «no fui rebelde a la visión celestial» (Hech. 26:17-18; Prov. 29:18; Hech. 29:19). Que el Señor nos conceda revelación de sí mismo.

Traducido de: *The Lord's Testimony and the World Need*, Cap. 3

Andando la segunda milla

Durante una de las guerras en Alemania, una compañía de soldados enemigos llegó a cierto lugar donde vivía un grupo de verdaderos creyentes, y pidieron a uno de ellos que les mostrase el mejor campo para coger trigo.

Él los guió a través de muchos campos hasta que llegaron a un terreno especial. Allí les señaló que recogieran.

Cuando los enemigos le preguntaron por qué él no permitió que ellos tomaran el trigo de los otros campos, él replicó que aquellos no eran de su propiedad, pero el campo especial era el suyo propio. Esto es lo que significa andar la segunda milla (Mat. 5:41).

À Maturidade

Epístola a Tito

A.T. Pierson

Palabra clave: Provechoso**Versículo clave: 3:8-9**

Esta carta tiene un carácter más bien oficial que personal. La epístola es dirigida a un griego incircunciso; sin embargo, no menos judío en carácter y afinidad que los demás colaboradores de Pablo. La fidelidad y la sagacidad de Tito llevaron a Pablo a confiarle misiones especiales, y a dejarlo en Creta como su propio representante, a fin de afianzar la organización de las iglesias. Esta epístola, breve y práctica, incluye dos esbozos ricos y completos de la salvación por gracia (2:11-14; 3:4-8).

La principal preocupación en esta epístola es el orden y la organización de la iglesia. Son dadas instrucciones sobre la función de supervisión.

Los términos “presbíteros” y “obispos” son utilizados como sinónimos, enfatizando sus cualidades, en particular, el dominio propio y el gobierno de sus hogares en forma piadosa, el carácter irreprochable, la reputación intachable, la fidelidad a la sana doctrina y la aptitud para la enseñanza.

Las exhortaciones son dirigidas a varios grupos en la iglesia. Aun los esclavos son exhortados a adornar, en todas las cosas, la doctrina de Dios nuestro Salvador.

Todos los discípulos pueden ser cartas vivas de la gracia, y esto incluso entre los cretenses, algunos de los cuales son descritos como “mentirosos, malas bestias, glotonos ociosos” (1:12).

El evangelio, sin duda, será de provecho, si logra transformarlos en ancianos irreprochables y tornar aun a los esclavos en ornamentos de la verdad.

El pasaje en los versículos 2:11-14 es una de las grandes porciones de las Escrituras, y abarca la redención pasada, el deber presente y la gloria futura.

La epístola a Tito puede ser considerada como un índice de todo el Nuevo Testamento: la manifestación de

la gracia divina describe apropiadamente los cuatro evangelios; las instrucciones para una vida santa corresponden a las epístolas, y la expectativa de la venida del Señor, al libro de Apocalipsis.

Divisiones

Siguen, básicamente, la división por capítulos: 1) Requisitos de los ancianos. 2) Enseñanza de la sana doctrina. 3) Necesidad de buenas obras.

Pasión por las almas

Jim Elliot (1927-1956) estaba convencido de que Dios lo guiaba a los indios huaorani, una tribu conocida por asesinar a cualquier intruso que tratara de acercarse a ellos. Nunca habían oído el evangelio y Elliot se encontró con que un grupo de otros hombres que creían que era su responsabilidad llevarles el evangelio, lo quisieron acompañar. Elliot era un predicador dotado y muchos en la iglesia trataron de disuadirlo de ir. Le decían que era demasiado arriesgado.

El 8 de enero de 1956, Elliot y sus cuatro compañeros se encontraron con miembros de los huaorani en una cabeza de playa que habían establecido. Los recibieron con lanzas y todos los hombres murieron ese día a manos de los hombres de la tribu.

¿Elliot debería haber escuchado a los que le decían que no corriera semejante riesgo? Júzgalo tú. En los días siguientes, la esposa de Elliot, Elisabeth, sería una de las que llevaría a Cristo a los mismos hombres que asesinaron a su esposo, y desde ese día, la paz de Cristo ha venido a reinar en esa tribu.

...

David Brainerd (1718-47) pasó años sufriendo de soledad, depresión y dolor antes de ver el avivamiento que Dios trajo entre los nativos estadounidenses en el noreste.

...

William Carey (1761-1834) predicó el evangelio con constancia durante siete años antes de ver una persona salva en la India.

...

John Hyde (1865-1912) se agotó al extremo a través de largas noches de oración y ayuno a fin de que la gente viniera a Cristo en uno de los campos misioneros más difíciles del mundo, el Panyab.

David Platt, *Radical*

Un himno de los siglos

Cada pasaje de las Sagradas Escrituras tiene su propia grandeza; no obstante, hay capítulos que destacan por sobre los demás por lo que apelan al corazón humano.

G. Campbell Morgan

Deuteronomio 32

Los últimos nueve versículos de este capítulo son historia que habla en primer lugar de las palabras de Moisés al pueblo con respecto al cántico; y en segundo lugar de las palabras dirigidas por Dios a Moisés con respecto a su muerte.

El gran poema registrado aquí, ha sido descrito como «el canto del cisne» de Moisés. Esto no es estrictamente exacto, si por «canto del cisne» se quiere decir el último canto antes de la muerte, porque en el capítulo siguiente tenemos la bendición de Moisés, que también reviste la forma de un cántico. Los dos pasajes juntos pueden ser llamados su «canto del cisne». Es un hecho muy interesante que Moisés haya completado su obra componiendo dos cánticos.

Su vida abarca tres periodos claramente marcados: los primeros cua-

renta años pasados en la corte de Faraón, durante los cuales fue educado en toda la ciencia de los egipcios; los segundos cuarenta años pasados en el silencio, en la soledad majestuosa del desierto, como pastor; y los últimos cuarenta años pasados en medio del alboroto del pueblo a quien guió y gobernó bajo la autoridad divina.

Cántico y bendición

Durante este último periodo, Moisés recibió el gran ritual de su religión y el sistema de leyes finalmente transmitidas en una serie de discursos de despedida, que están anotados en el libro de Deuteronomio. Cuando todo lo hubo terminado, escribió dos cánticos que dejó a su pueblo, y que nos legó también a nosotros. Es casi seguro que éstos no fueron los únicos cantos que escribió Moisés, porque debe atribuírsele el Salmo 90, y per-

sonalmente creo que escribió el Salmo 91.

En cierto sentido, los capítulos 32 y 33 de Deuteronomio debieran considerarse juntos; si lo hiciéramos, descubriríamos un contraste muy notable e interesante entre el cántico del capítulo 32 y la bendición del capítulo 33. La bendición expresa las glorias de Israel idealmente consideradas; en ella no hay ninguna sombra ni nube sobre el horizonte. Su última estrofa comienza con esta exclamación reveladora: «*Bienaventurado tú, oh Israel*».

Sombras sobre un fondo de luz

En el cántico que ahora consideramos, encontramos algo totalmente diferente. Está lleno de sombras y de nubes de tempestad; pero las sombras y las nubes cargadas de tempestad son colocadas igualmente sobre la luz de un fondo glorioso.

La tempestad y las sombras son creadas por las confesiones acerbas de la infidelidad de Israel, en tanto que el primer plano de gloria se encuentra en la celebración de la fidelidad de Dios.

Desde el principio hasta el fin, nos damos cuenta de ambas cosas colocadas una en contra de la otra. Podemos decir, haciendo un sumario muy general, que el cántico celebra la fidelidad de Dios y confiesa la infidelidad de su pueblo.

Dividamos el cántico en las partes que lo constituyen. Los versículos 1 al 3 son un prólogo; en los versículos 4 al 6 se expone el tema; del versículo 7 al 28 se hace un examen histórico, como ilustración del tema; del versículo 29 al 43, hay una visión profética terrible, terminando con una frase que ilumina las tinieblas.

Audacia del cantor

Es mi propósito estudiar el cántico en forma general, deteniéndome en ciertos puntos céntricos de luz y de belleza. El prólogo, en los versículos 1 al 3, es perfecto e importante:

*«Escuchad, cielos, y hablaré;
y oiga la tierra los dichos de mi boca.
Goteará como la lluvia mi enseñanza;
destilará como el rocío
mi razonamiento;
como la llovizna sobre la grama,
Y como las gotas sobre la hierba;
porque el nombre de Jehová proclamaré.
Engrandeced a nuestro Dios».*

Cuando nos damos cuenta de que ésta es solo la introducción de todo lo que el cántico va a celebrar, nos enteramos de lo que bien podemos llamar la audacia del cantor. Esta audacia, no obstante, se vindica ante lo que el cantor ha hecho.

Como lluvia y rocío

Quiero decir que no se encuentra ningún otro poema donde el poeta principie por hacer un llamamiento a los cielos y a la tierra para que escuchen,

y por declarar que lo que tiene que decir será fertilizante como la lluvia y como el rocío. La garantía de tal afirmación se encuentra en las últimas palabras del prólogo: «*Porque el nombre de Jehová proclamaré. Engrandeced a nuestro Dios*».

La palabra «*Porque*» es la clave. Es decir, el cantor se atreve a afirmar lo que afirma sobre su cántico, por el tema que trata, que es el nombre de Jehová y la grandeza de Dios.

Luego viene la elaboración del tema; y su fuerza puede inferirse fijándose en las primeras palabras del versículo 4: «*La Roca*», que están colocadas en contraste con una expresión del versículo 5, «*sus hijos*».

Contrastes de fidelidad

Con respecto a la Roca, dice que su obra es perfecta, que todos sus caminos son rectitud; que es Dios de verdad y no hay ninguna iniquidad en él, y que es justo y es recto. Con respecto al pueblo, representado por la expresión «*sus hijos*», dice que se han corrompido y que son generación torcida y perversa.

Se ve así, como indicamos al principio, que el tema trata de la fidelidad de Dios en contraste con la infidelidad de su pueblo.

Toda la historia anterior nos capacita para comprender este contraste, como Moisés lo percibió. Por cuaren-

ta años había andado con este pueblo y estaba familiarizado con sus tendencias y sus actitudes; y se dio cuenta de que dichas tendencias y actitudes estaban caracterizadas por la infidelidad y la desobediencia; mientras que en su comunión con Dios, al que el historiador declara posteriormente haber conocido cara a cara, no descubrió sino fidelidad, justicia y rectitud.

La Roca

Detengámonos por un momento en la interesante expresión «la Roca». Nuestros traductores han puesto con mayúscula, con toda propiedad, la palabra «Roca». Si echamos una mirada al versículo 18, nos hallamos con que: «De la Roca que te crió te olvidaste», donde otra vez el término que estamos considerando va con mayúscula. Y de nuevo se repite en el versículo 30: «Si su Roca no los hubiese vendido». Y en el versículo 31 se dice: «La roca de ellos no es como nuestra Roca».

A través de las circunstancias de dolor y de prueba, el propósito de cada juicio es la realización final de lo más elevado.

Surge aquí, entonces, una expresión figurativa en las Escrituras, que se refiere a Dios. Esta es una cuestión de mucha importancia, no solo por su uso en el cántico, sino en todas las Escrituras subsiguientes.

Esta es la primera ocasión, entonces, en que la palabra Roca se usa como figura de lenguaje. Pero, si examinamos todo el Antiguo Testamento y hacemos una lista de los pasajes en donde se utiliza la palabra Roca, figuradamente, la encontraremos unas cuarenta veces, y siempre representando a la Deidad.

Alguien que investigue este asunto puede mencionar el pasaje de Isaías: «*Y será aquel varón... como sombra de gran peñasco en tierra calurosa*» (32:2). ¿A qué hombre se refiere? No necesitamos detenernos en esto. En este capítulo se emplea la palabra reservada para representar a la Divinidad, al hacer referencia a los falsos dioses, y aunque los traductores la han escrito con minúscula, es una figura que se aplica a Dios.

Está bien que recordemos esto cuando, en nuestras disertaciones, lleguemos al punto de la historia donde se declara que nuestro Señor dijo: «*Sobre esta Roca edificaré mi iglesia*».

Puede decirse, entonces, que el tema del cántico es la firmeza de esta Roca y la inestabilidad del pueblo, que, aun así, pretende que Dios es su Roca.

Recordar y meditar

Habiéndose enunciado el tema, viene en seguida el examen histórico, el cual comienza con un llamamiento: «*Acuérdate de los tiempos antiguos, considera los años de muchas generaciones; pregunta a tu padre, y él te declarará; a tus ancianos, y ellos te dirán*» (v. 7). El llamamiento es a recordar y a meditar.

Esta revisión histórica se divide en tres partes: la primera, de los versículos 8 al 14, en que se menciona a Jehová y se registran sus hechos; la segunda, de los versículos 15 al 18, que es la respuesta del pueblo; y la tercera, de los versículos 19 al 27, donde se describen las actitudes de Jehová.

En un pasaje caracterizado por una gran ternura y una gran belleza de sugerencias poéticas, se expresa la principal relación de Jehová con su pueblo y su constante cuidado de él. «*Le halló en tierra de desierto, y en yermo de horrible soledad; lo trajo alrededor, lo instruyó, lo guardó como a la niña de su ojo*» (v. 10).

El águila como figura

Después viene la ilustración maravillosa de las águilas. Moisés sacó esta ilustración de su permanencia en la península sinaítica, cuando fue pastor por cuarenta años. Sin duda alguna, en la soledad de aquella tarea,

había observado constantemente a las águilas, y ahora hace uso de la figura.

Sin embargo, está bien recordar que cuarenta años antes, cuando Dios lo llamó para ser su instrumento en la liberación de la esclavitud de este pueblo, él usó la misma figura: «*Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí*» (Éx. 19:4). Entonces, desde el principio, Moisés pudo entender la figura, por razón de su familiaridad con los hábitos de las águilas; y ahora, en su cántico, hace uso de ella.

Al examinar este pasaje necesitamos observar con todo cuidado los pronombres que se emplean, así como su género: «*Como el águila que excita su nidada, revolotea sobre sus pollos, extiende sus alas, los toma, los lleva sobre sus plumas*» (v. 11).

Tenemos que admitir que todo esto es descriptivo de las águilas. Los primeros dos versos nos revelan la acción del águila madre: «*Como el águila que excita su nidada, revolotea sobre sus pollos*». Los siguientes dos describen la acción del padre: «*Extiende sus alas, los toma, los lleva sobre sus plumas*».

Probando y enseñando

El cuadro es el de un nido de águila, donde hay aguiluchos cuidados por sus padres. La tarea de la madre es la

de despertar a los aguiluchos, poner en movimiento al nido, revolotear sobre los polluelos y lanzarlos al aire desde lo alto. Tan luego como han sido despertados y lanzados al aire, y han comenzado a caer, el padre extiende sus alas, se precipita sobre ellos, los toma, y los lleva sobre sus plumas de vuelta al nido.

No hay duda que Moisés observó este ir y venir de las águilas, y ahora dice que esa es la forma en que Dios trata a su pueblo; dejándolos caer en lugares nuevos e insospechados, despertándolos, poniéndolos en movimiento, pero rescatándolos eternamente, y llevándolos sobre sus plumas. Entendemos que, en el caso de los aguiluchos, termina hasta que ellos saben usar de sus alas y están capacitados para usarlas en el vuelo.

Una sátira

La sátira mordaz con que se inicia la siguiente división, es casi terrorífica: «*Pero engordó Jesurún, y tiró coces*» (v. 15). Así se describe la prosperidad del pueblo como resultante del hecho de que Jehová lo hizo subir sobre las alturas de la tierra, lo hizo que chupase miel de la peña, y aceite del duro pedernal; la grosura de los corderos y de los carneros de Basán, y también de machos cabríos, con lo mejor del trigo y la sangre de la uva. Sin embargo, «*engordó Jesurún, y tiró coces*».

A pesar de las múltiples bendiciones que Dios les dio, y de la prosperidad que les vino como consecuencia, se rebelaron contra él. La aplicación de esta afirmación satírica e inclusiva, va hasta el versículo 27, y todo es resumido finalmente en las palabras: «*Porque son nación privada de consejos, y no hay en ellos entendimiento*» (v. 28).

Pueblo que falla

La bondad de Dios había ocasionado el orgullo de la posesión, y sus enseñanzas no habían sido comprendidas. La Roca permanece inalterable, pero el pueblo ha fallado en su fidelidad.

Llegamos a la división final, que se inicia con el versículo 29, aquella que contiene la perspectiva profética. Moisés iba a dejarlos; mira ahora hacia los años del futuro en la historia de su pueblo, y comienza expresando un gran anhelo: «*¡Ojalá fueran sabios, que comprendieran esto, y se dieran cuenta del fin que les espera!*» (v. 29).

Si lo hicieran, serían un pueblo invencible: «*¿Cómo podría perseguir uno a mil, y dos hacer huir a diez mil, si su Roca no los hubiese vendido, y Jehová no los hubiera entregado?*» (v. 30).

Todo el fracaso del futuro se debería al hecho de que Dios los entregaría por el momento, debido a su confianza en los dioses falsos. Es aquí donde se refiere a los falsos dioses bajo la

figura de una roca, colocándolos en contraste con el Dios verdadero, bajo la misma figura, en las palabras: «*Porque la roca de ellos no es como nuestra Roca, y aun nuestros enemigos son de ello jueces*» (v. 31).

Sigue la descripción de la vida que confía en la roca falsa: «*Porque de la vid de Sodoma es la vid de ellos, y de los campos de Gomorra; las uvas de ellos son uvas ponzoñosas, racimos muy amargos tienen. Veneno de serpientes es su vino, y ponzoña cruel de áspides*» (v. 32-33).

Juicio seguido de misericordia

En seguida viene la tremenda declaración de que Dios ha determinado entrar en juicio con los suyos y con todas las naciones vecinas. Las declaraciones revelan una necesidad creada por la infidelidad de aquellos por quienes Dios había hecho cosas tan maravillosas.

Las terribles palabras del juicio y del castigo venidero, terminan en forma extraña e interesante: «*Alabad, naciones, a su pueblo, porque él vengará la sangre de sus siervos, y tomará venganza de sus enemigos, y hará expiación por la tierra de su pueblo*» (v. 43).

Estas palabras revelan juicio, seguido de misericordia. El propósito de toda la corrección es la realización final del supremo bienestar de su pueblo. Él vengará y hará expiación.

Propósito más elevado

Es posible que uno de los cantores de Israel, alguno de los salmistas, haya contemplado este cántico con penetración espiritual, cuando escribió estas grandiosas palabras: «Misericordia y juicio cantaré».

Todos estamos siempre listos a cantar misericordia; pero el corazón nunca está bien dispuesto a cantar juicio. Sin embargo, si conocemos a Dios y entendemos su disciplina, comprenderemos que, a través de las circunstancias de dolor y de prueba, el propósito de cada juicio es la realización final de lo más elevado.

Este cántico celebra la bondad de Dios para su pueblo. Dios lo encontró en desierto horrible, lo adiestró en forma progresiva, y lo condujo, por medio de la disciplina, al desarrollo del propósito que tenía para él.

Es en la disciplina donde mejor se puede ver la bondad de Dios. Él no permite que su pueblo permanezca en el fracaso y en el desastre; no le permite arrellanarse en el letargo de la comodidad, sino que lo inquieta, a fin de descubrir sus potencias y a fin de que las realice.

El dolor de Dios

No podemos estudiar este cántico sin sentir el dolor del corazón de Dios

frente a las infidelidades de su pueblo.

Concluyamos, regresando por un momento al versículo 19 del capítulo anterior, donde se leen estas palabras: «*Ahora pues, escribíos este cántico, y enséñalo a los hijos de Israel; ponlo en boca de ellos, para que este cántico me sea por testigo contra los hijos de Israel*» (Dt. 31:19).

Y luego, miremos el último versículo del capítulo 31: «*Entonces habló Moisés a oídos de toda la congregación de Israel las palabras de este cántico hasta acabarlo*» (v. 30).

Un cántico memorial

Esta mirada retrospectiva nos da la razón del cántico. Dios le ordenó a Moisés escribirlo y entregarlo al pueblo. Lo que para mí es muy sugestivo es que, una vez que Moisés les dio el ritual y les dio también la ley, Dios le ordenó que les diera un cántico.

Un cántico vivirá por más tiempo en la memoria, y producirá más resultados que la observancia de un ritual o de códigos de ética. Los himnos de los siglos son los instrumentos supremos para conservar en la memoria del hombre la fidelidad de Dios, y obligarlo a enfrentarse con su propia infidelidad.

De Los Grandes Capítulos de la Biblia.

Perdón y restauración

Watchman Nee

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica

“Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado” (Gál. 6:1).

Un problema que debe ser resuelto es: ¿qué debemos hacer cuando alguien peca contra nosotros? La pregunta bajo consideración ahora no es lo que debemos hacer nosotros si pecamos contra los demás, sino qué debemos hacer si las personas pecan contra nosotros. Mateo 18:15-35 da instrucción especial sobre el tema.

Este pasaje puede ser dividido en dos partes: el perdón (v. 21-35), y la persuasión (v. 15-20). El Señor nos dice que si nuestro hermano peca contra nosotros, nuestra primera responsabilidad es perdonarlo delante de Dios, y nuestra segunda responsabilidad es persuadirlo delante de Dios. A menudo mencionamos la primera, pero igualmente debemos destacar la segunda responsabilidad, la persuasión.

Primera responsabilidad – El perdón

«Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi

hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?» (v. 21). Encontramos esto no solo en Mateo, sino también en Lucas. Y Lucas lo registra un poco diferente.

1. PERDONAR SIN LÍMITES

«Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale» (Lucas 17:3-4).

Esto es similar al registro de Mateo, pero no exactamente lo mismo. Las palabras en Mateo parecen tener mayor peso. El perdón no es otorgado siete veces, sino setenta veces siete. «*Setenta veces siete*» significa que el perdón que los hijos de Dios extienden hacia sus hermanos debe ser ilimitado. No hay cuenta del número de veces, ya que no son siete, sino setenta veces siete.

El punto que Lucas subraya es que si el hermano que peca contra nosotros se arrepiente y pide perdón, debemos perdonarle aun hasta siete veces en un día. La pregunta no es si su arrepentimiento es genuino o falso. Hemos de hacer caso omiso de eso. Si él dice que se arrepiente, nosotros perdonamos dejando a él la cuestión del arrepentimiento.

2. PERDONAR GENEROSAMENTE

El Señor utiliza entonces una parábola en los versículos 23-27. Hay algunos puntos especiales que requieren nuestra atención. Lo que nosotros adeudamos siempre excede lo que podemos pagar. Nosotros debemos a Dios diez mil talentos, más allá de nuestra capacidad para pagar, ya que no tenemos nada con qué pagar.

Todos nosotros necesitamos tener una estimación real de nuestra propia deuda con Dios, para que generosamente podamos condonar la deuda de nuestro hermano. Si olvidamos cuán grande es la gracia que hemos recibido de Dios, entonces nos convertimos en los más ingratos de los hombres. Para ver lo poco que las personas nos deben, tenemos que ver cuánto le debemos nosotros a Dios.

El Señor espera que tú trates a los demás así como él te ha tratado. Así como él no exige justicia de ti, él espera que tú no demandes justicia a

los otros. El Señor perdona tus deudas conforme a su misericordia. Él quiere que tú apliques a tus hermanos la misma medida. Él te da «*medida buena, apretada, remecida y rebosando*» (Luc. 6:38), y su expectativa es que tú hagas lo mismo. Deberías actuar con tu hermano así como el Señor ha obrado contigo.

Es abominable a los ojos de Dios cuando una persona que ha sido perdonada es implacable. Nada puede ser más horrible que, aquel que fue perdonado, no perdone; aquel que ha recibido misericordia, no sea misericordioso, y aquel que recibió gracia, no actúe conforme a la gracia.

Tenemos que aprender ante Dios a tratar a los demás como él nos ha tratado. Que seamos tan humildes por lo que hemos recibido, de manera que tratemos a los demás según el mismo principio.

Segunda responsabilidad - La persuasión

Creo que muchos de los hijos de Dios han aprendido la lección del perdón. Muchos, sin embargo, han olvidado lo que deberíamos hacer después de que alguien ha pecado contra nosotros. Según Mateo 18:15-20, debemos persuadir o exhortar a nuestro hermano. Nosotros no solo debemos perdonar, sino debemos también persuadir.

Para ver lo poco que las personas nos deben, tenemos que ver cuánto le debemos nosotros a Dios.

1. HABLA CON ÉL

«Por tanto, si tu hermano peca contra ti...» (v. 15). Es muy común que los hijos de Dios pequen uno contra el otro. Aunque tales cosas no deberían suceder muy a menudo, tampoco son demasiado escasas. El Señor nos muestra lo que debemos hacer si alguien peca contra nosotros. «*Ve y repréndele estando tú y él solos*».

Si alguien peca contra ti, la primero que debes hacer es decírselo a él, no a otros. Esta es una palabra que deberíamos entender correctamente. Muéstrale su falta cuando tú y él están solos.

El Señor dice: «*Repréndele*». Pero ¿cómo? El Señor no sugiere que le escribas una carta, sino que vayas a él. Habla con él, estando ambos solos. Este es el mandato del Señor. Tratando con el pecado personal, los dos son suficientes; un tercero es absolutamente innecesario.

Aprendamos esta lección delante de Dios. Debemos autocontrolarnos y nunca hablar a espaldas del hermano que nos ha ofendido. Tampoco

debemos hablar en público contra él. Es solo cuando tú y él están solos, que le puedes señalar su culpa. Esto requiere la gracia de Dios. Cuando te encuentres con él, debes mostrarle su falta; este no es un momento para hablar de otras cosas.

Señalar a otro su falta no es algo fácil de afrontar, pero es preciso hacerlo. Esta es una de las lecciones que los hijos de Dios debemos aprender. Ve a él y dile: «Hermano, tú me has herido haciendo tal cosa. Es malo lo que has hecho. Tú has pecado».

Ganar al hermano

Los hijos de Dios deben aprender a pasar por alto las ofensas. Pero si es necesario abordar una ofensa, hay que tratar directamente con el ofensor. En tal relación, tenemos que recordar este principio fundamental: «*Si te oyere, has ganado a tu hermano*» (v. 15). Este es el propósito de decirlo. El motivo no es disminuir tu dificultad ni demandar la reparación de parte del ofensor. El propósito es ganar a tu hermano.

2. TOMA A UNO O DOS MÁS

Si descubres que tu hermano no acepta tu palabra, el Señor dice, «*Toma aún contigo a uno o dos*» (v. 16). Estos pueden ser los ancianos de la iglesia, u otros hermanos. Incluso en esta instancia, no debes comentarlo a nadie más. Cuéntalo a uno o dos hermanos en el Señor que sean

experimentados y tengan peso espiritual. Coloca el asunto delante de ellos y pide su consejo. ¿Es verdad que este hermano está errado? ¿Qué piensan ustedes, hermanos, acerca de él?

Después que estos dos hermanos han considerado el tema en oración delante de Dios y han juzgado de acuerdo con su discernimiento espiritual, podrán determinar que este hermano realmente ha obrado mal. Ahora la cuestión ya no son tus sentimientos heridos. Tú puedes llevar estos dos o tres testigos al hermano y decirle: «Tú has actuado mal en este asunto. Esto obstruirá tu futuro espiritual. Debes arrepentirte y reconocer tu error».

«...para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra» (v.16). Estos dos o tres testigos no pueden ser personas habladoras o que hablen descuidadamente. Si lo son, no serán respetados y honrados. Deben ser personas confiables, con honestidad, peso y experiencia en el Señor. Cada palabra es entonces confirmada en boca de dos o tres testigos.

3. DILO A LA IGLESIA

¿Cuál es la regla de la iglesia? Es mejor si tú puedes resolver el problema personalmente; de lo contrario, tienes que buscar una forma de pureza. Si la dificultad es menor, simplemente puedes perdonar y olvidar. Pero si

afecta a la comunión, debes aprender a enfrentarlo. Si fracasas en tu trato personal con él, puedes recurrir a dos o tres testigos. *«Si no los oyere a ellos, dílo a la iglesia»* (v. 17).

Creo que la iglesia aquí se refiere a los hermanos responsables de la iglesia, en privado, no en el momento en que se reúne toda la asamblea. Tú debes dar cuenta a los hermanos responsables de las dificultades entre tú y tu hermano, y pedirles consejo.

Si la iglesia concuerda con esto y si la conciencia de la iglesia condena a un hermano, él debe estar errado. Si es un hermano que vive delante de Dios, él dejará de lado su propia opinión y aceptará el testimonio de los dos o tres testigos. Sin embargo, si él se niega a aceptar aquel testimonio, al menos debería aceptar la decisión de la iglesia. *«Si todos los hermanos y hermanas juzgan que estoy errado, debo estarlo, no importa lo bien o mal que yo crea estar».*

El consenso de la iglesia es la mente del Señor. El Señor está aquí en la iglesia; este es su juicio. ¡Cómo necesitamos aprender a ser suaves y blandos cuando oímos lo que la iglesia tiene que decirnos! No debemos confiar en nuestros propios sentimientos, ni estar seguros de nosotros mismos. Debemos aceptar el sentir de la iglesia.

Spiritual Exercise, Chapter 24.
Christian Fellowship Publishers.

El padre de la fe, un ejemplo del compromiso y la responsabilidad que requiere todo padre de familia.

La vocación de Abraham

Marcelo Díaz

Es muy distinto conocer los relatos bíblicos como historias, a verlos como revelación. Hay una verdad escondida en cada palabra que Dios va revelando a la iglesia. Hoy quisiéramos ver algunos rasgos de la vida de Abraham, aplicándolos en especial a los padres de familia.

El nombre *Abram* significa «padre enaltecido», que después Dios cambió a *Abraham*, «padre de multitudes». Con Abraham comienza la historia de la fe; por eso, él es llamado el padre de la fe.

La revelación del misterio de Dios comienza con Abraham. Él es mencionado a menudo por los escritores neotestamentarios, y aun por el propio Señor Jesús. Así, en el pasaje de Juan 8:31-59, cuando él habla con los fariseos, nos llama la atención el versículo 56: «Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó».

Esto nos recuerda las palabras de Hebreos 11:13-16: «*Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad*».

«*Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fun-*

damentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios» (Heb. 11:8-19).

La visión de Abraham

La historia de la fe comienza con Abraham. Dios lo llamó desde una tierra de idolatría, para iniciar la recuperación del misterio de Dios. Dios le mostraría una revelación muy especial. Abraham vio el propósito de Dios como ningún otro patriarca. La revelación fue de tal magnitud, que él pudo salir de aquel entorno, para vivir una vida errante.

Abraham entendió y salió de su tierra en busca de aquello que se le había prometido. No es simplemente la historia de una familia que va de un lugar a otro para adquirir una posesión terrenal; es la historia de un hombre que le creyó a Dios. Abraham fue el primer creyente; por eso, es nuestro padre.

«A Abraham le fue contada la fe por justicia (...) Y recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso; para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, a fin de que también a ellos la fe les sea contada por justicia; y padre de la circuncisión, para los que no solamente son de la circuncisión, sino que también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado» (Rom. 4:9, 11-12).

Este es el primer hombre constituido justo por causa de la fe. *«Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia; no solamente para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros» (4:16).*

La circuncisión espiritual

Abraham es el comienzo de la circuncisión y de la incircuncisión; es el primer creyente que recibe la justicia de Dios, porque vio el día del Señor y, viéndolo, fue declarado justo. Pablo dice a la iglesia en Colosas: *«En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo; sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos» (Col. 2:11-12).*

El apóstol está diciendo que, para nosotros, la circuncisión es el bautismo. Cuando alguien se compromete con el Señor y se bautiza, se despoja de aquel cuerpo pecaminoso. Dios nos circuncida, no en la carne, sino en el corazón, y hacemos pacto con él, pasando a ser hijos de la promesa, a pertenecer a la simiente de Abraham, de modo que él es nuestro padre en cuanto a la fe.

Filipenses reitera esto. «*Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne*» (Flp. 2:3). Nosotros somos la verdadera circuncisión. Abraham, el hombre que fue justificado por la fe, es nuestro padre. Él puso sus ojos en Cristo y esperó en él, y no se estableció ni edificó nada en este mundo, porque esperaba ver el propósito de Dios realizado.

A causa de la visión, Abraham se desapegó del mundo. Dios le prometió que toda aquella tierra sería suya y de su descendencia. Sin embargo, él no labró la tierra ni fundó una ciudad, porque lo que tenía en su mente y corazón era «*la ciudad cuyo arquitecto y constructor es Dios*».

El rol del padre en la familia

En el propósito de Dios para la familia, sin menospreciar el rol de la madre, es vital el compromiso del padre.

En los tiempos de Abraham, la sociedad estaba constituida sobre un modelo patriarcal. Dios estableció este modelo en las Escrituras. Por eso, hablando de Abraham, queremos hablar del compromiso y la responsabilidad que tiene el varón que es padre de familia. Hoy, en nuestra sociedad, pareciera que la única función del hombre es proveer a la casa; pero eso es muy pequeño en relación a lo que Dios demanda del padre de familia.

Dios tomó a Abraham y obró en él, revelándose en diversas etapas. Por medio de él, Dios abriría una vertiente espiritual para toda la humanidad.

En la familia, el padre es el que tiene la visión. Sin visión, la casa irá a la ruina, perderá el rumbo. «*Sin profecía, el pueblo se desenfrena*» (Prov. 29:18). Donde hay un padre firme en Cristo, firme en la fe, la familia se irá conformando a la visión que él va estableciendo en su casa.

La responsabilidad del padre de familia es fundamental para el propósito divino. Es más, la misión terrenal del Señor Jesús, si pudiésemos definirla, era revelarnos al Padre. Todo comienza con el Padre, quien es el origen de todo: la vertiente, la luz, la sabiduría, la corrección, la disciplina.

El padre es vital en el hogar. En la sociedad actual, este rol se ha distorsionado, reduciéndolo a una mera función de proveer. La imagen paterna es desvalorizada, mostrándolo como un hombre débil, torpe, ineficiente. Pero no es así en el propósito de Dios.

Donde hay un padre firme en Cristo, firme en la fe, la familia se irá conformando a la visión que él va estableciendo en su casa.

Dios tuvo que trabajar con nuestro padre Abraham por causa del propósito divino. Para que alguien pueda ser padre, tiene primero que aprender a ser hijo del Padre celestial.

¡Qué hermoso es tener un padre! No todos tienen la vivencia de haber tenido un padre a quien honrar. Pero qué bueno es ver un hogar donde hay tal persona que pone el rumbo; que tal vez habla poco, pero estabiliza a la familia; un varón que controla y pone límites, que da identidad, que cuida, defiende y nutre. Esto se aprende conectado al Padre, aprendiendo a ser hijo del Padre celestial.

Una nueva realidad

El padre tiene la responsabilidad de constituir una familia. Por eso, el primer llamado a Abraham fue: «*Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré*» (Hech. 7:2). Es un llamado a desprenderse de su origen, para constituirse en otra realidad, en un terreno nuevo, donde Dios se comunicará directamente con él, para revelar sus propósitos en esa función que le ha sido asignada.

El Señor llama a salir. No es bueno que los hijos, al casarse, sigan viviendo con sus padres. Y aunque todos, afectivamente, al principio, quisieran que fuese así, esto no ayuda al matrimonio nuevo, porque cuando dos jóvenes se casan se crea una nueva realidad espiritual.

«*Serán benditas en ti todas las familias de la tierra*» (Gén. 12:3). En una nueva familia, Dios se constituye como cabeza, y pone un «padre de familia». Este padre tiene que crecer por la palabra, aprender del Señor, por el Espíritu, primero a ser hijo del Padre, para ir luego constituyéndose como padre de una nueva realidad.

Por eso, el primer llamado al creyente que se casa, es a salir. Pedro aconseja diciendo: «*Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación...*» (1ª Ped. 1:17). Les está hablando a gentiles y a judíos acerca de una cuestión histórica, pero aquí hay también una aplicación a la realidad nueva de familia. Todo lo que aprendiste hasta ahora, de alguna manera es vano. Aquí hay una nueva realidad, una nueva palabra y una nueva relación.

Aquí se gestan varios problemas, porque el tema de desligarse de los familiares es complejo. Nosotros tenemos lealtades fuertes con nuestros padres, lealtades que a veces no sabemos manejar. Y a veces las familias tienen conflictos, porque hay lealtad emocional con el padre o con la madre, y cuesta desvincularse.

Los padres no quisiéramos que los hijos se vayan, porque no queremos que sufran o que cometan los mismos errores que nosotros. Muchos padres

pretenden vivir siempre con sus hijos; pero eso es un error. Los hijos tienen que vivir su propia realidad. Los padres deben respetar eso. Claro, ellos pueden dar sugerencias; pero, si no se les pide consejo, es mejor que callen. Dios se constituye en Padre de esa casa, y él es bueno y los cuidará mejor que nosotros mismos.

Tras el primer llamado, Abraham salió, pero llevó a su padre y a Lot. El no hacer las cosas de acuerdo al plan de Dios, trae conflictos. Hubo problemas, al punto que ellos tuvieron que separarse. Tras haber caminado mucho trecho y conocer al Señor más íntimamente, Dios se le aparece a Abraham una y otra vez, y le repite lo mismo: *«Sal de tu parentela»*.

Necesitamos que se nos recuerde la visión celestial; de lo contrario, la influencia de una parentela incrédula termina diluyendo nuestro llamado. La visión celestial debe estar fresca, para que ella ordene la familia donde Dios nos puso como padres.

«Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquellos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad» (Heb. 12:9-10). A veces, ellos no lo hicieron tan bien. Eran es-

trictos, y nos disciplinaban rudamente, y aun así, los venerábamos. Así es de fuerte la paternidad.

Intimidad con Dios

En Génesis 12 se inicia la historia de Abram, padre enaltecido. Más tarde, en un compromiso más avanzando en la revelación del Señor, Dios le cambia el nombre, y hace realidad la promesa del hijo. Su historia se puede resumir en cuatro altares. En el primero, Abraham aprendió a *depender de Dios*; en el segundo, aprende a *vivir para Dios*. Luego, Abraham aprende a *vivir con Dios*. Y al final, en el último altar, aprende a *vivir en Dios*.

Hay una secuencia de intimidad que Dios conduce. Él no nos abandona. En la vida cristiana, Dios nos va guiando hacia un camino de acercamiento, un camino de amistad.

Santiago también señala un elemento muy interesante con respecto a Abraham: *«¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?»* (Stgo. 2:21-22). Hablando del padre de la fe, Santiago dice que no es solo la fe. La fe va acompañada de las obras. Pablo enfatiza la fe de Abraham. Pero Santiago dice que no es solo la fe; fueron también las obras; porque la fe fue acompañada con obras.

«Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios» (v. 23). ¿Cuándo? Cuando él obró por la fe, obedeciendo a lo que estaba viendo. Cuando Dios le pidió al heredero, la única vía por la cual se realizaría el propósito divino, él puso a su hijo en el altar; puso aun lo que Dios le había dado, creyendo en su corazón que Dios lo podría levantar aun de entre los muertos.

Abraham «fue llamado amigo de Dios». El concepto de amistad es muy interesante en las Escrituras, porque el Señor mismo, al final de su ministerio en la tierra, dice a sus discípulos: «Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos» (Juan 15:15). El amigo es el confidente, el que conoce lo secreto. Con el amigo se habla sin reservas. Cuando compartes con un amigo, tú hablas; no te reservas nada. Abres el corazón sin temor, porque tu amigo te entiende. Y no solo eso: él también te corregirá.

«Abraham mi amigo» (Is. 41:8). Abraham era un hombre como cualquiera, pero le creyó a Dios. «¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer, habiendo de ser Abraham una nación grande y fuerte, y habiendo de ser benditas en él todas las naciones de la tierra?» (Gén. 18:17-18). ¿Cuál es la razón por la cual Dios no

le encubre nada a Abraham? Porque éste cumplirá su función como padre; porque ha tomado en serio lo que se le reveló.

Traspasando la visión a los hijos

«Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él» (v. 19). A este hombre que había creído y había tomado el compromiso de traspasar la visión a sus hijos, que iba a hacer el trabajo de un padre, Dios no le ocultaría nada; le hablaría abiertamente. Abraham fue amigo de Dios.

Tenemos mucho que oír todavía al Señor. Hay mucho que él quiere revelarnos cuando nos ve comprometidos en el día a día, en el hogar. Dios obrará, porque él quiere que su corazón halle reposo en ti y en mí, y él quiere esta amistad, esta intimidad del último altar donde Abraham entregó todo el sentido de su vida.

«Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac». Por la fe, él estaba viendo la visión de Dios, el propósito, el tiempo final, la obra de Dios consumada, «y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de

donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir» (17-19).

Cuando Abraham levantó el cuchillo para degollar a su hijo, entonces el ángel del Señor lo detuvo, porque en su corazón ya lo había entregado. ¡Qué maravilloso! Y luego, Abraham siguió con ese hijo. Lo recibió «*de entre los muertos*», y se dedicó a Isaac, no por sus afectos hacia él, sino por el propósito de Dios.

Los hijos no son nuestros; ellos vienen para ser hijos de Dios, para cumplir el propósito divino. Dios nos pide sacrificarlos para él, porque son suyos. Estos hijos son de Dios, porque él tiene propósito con ellos, y este propósito tiene que cumplirse.

Siendo Abraham ya viejo, llama a su mayordomo, y le encomienda buscar una esposa para Isaac. No se conformó solo con haberlo criado. La tarea de un padre no concluye aquí.

Asegúrate que tus hijos se casen bien, que se casen con Cristo, en Cristo y para él. Aquí está en juego el propósito divino. Por eso es complejo cuando un creyente se casa con una persona incrédula. Dios puede permitirlo circunstancialmente, pero su voluntad perfecta no es ésa. Los hijos deben buscar esposo o esposa en el pueblo de Dios, y los padres debemos procurar que eso se cumpla.

«*Júrame que irás a mi tierra y a mi parentela, y tomarás mujer para mi hijo Isaac*». El pasaje de Génesis 24 es muy bello, y nos enseña que hay que ayudar a los hijos a encontrar esposo o esposa. El primer requisito es que sea discípulo de Cristo. Sus estudios o procedencia pueden tener importancia, pero no es lo primero. También es necesario que esté haciendo algo, estudiando o trabajando. Lo demás es manejable – pero lo esencial es Cristo.

Eliecer oró a Dios que le diese una señal que confirmara cuál era la mujer idónea para el hijo de su amo. Y así ocurrió. Rebeca le dio agua a él y a sus camellos, como el criado lo había pedido. Ella se esforzó y trabajó. Eso es importante: un hijo o hija del pueblo de Dios, que tenga fe, que tenga atributos de servicio, de amor. Así fue escogida mujer para Isaac. Tal fue la obra de Abraham como padre.

Nosotros tenemos un Padre que gobierna, que avanza en aquel propósito que perdió Adán: «*Fructificad y sojuzgad*». Tomar terreno y dominio para el Señor; tomar la familia y enseñar a los hijos a poner los ojos en Cristo, yendo adelante, para enviarlos preparados como esposo o como esposa, para que sigan llenando la tierra, para la gloria del Señor.

Síntesis de un mensaje impartido en Temuco (Chile), en agosto de 2016.

En tanto más nos adentremos en el siglo XXI, la teología natural se volverá crecientemente relevante y vital como preparación para que la gente reciba el evangelio.

Dios aún no ha muerto

William Lane Craig

Se podría pensar de la reciente avalancha de bestsellers ateos que la creencia en Dios es intelectualmente indefendible en la actualidad para las personas racionales. Pero una mirada a los libros por Richard Dawkins, Sam Harris, y Christopher Hitchens, entre otros, revela rápidamente que el llamado *Nuevo Ateísmo* carece de músculo intelectual. Es felizmente ignorante de la revolución que ha tenido lugar en la filosofía angloamericana. Refleja el cientificismo de una generación pasada, en lugar de la escena intelectual contemporánea.

El clímax cultural de aquella generación llegó el 8 de abril de 1966, cuando la revista *Time* publicó una historia principal cuya cubierta era completamente negra salvo tres palabras blasonadas en brillantes letras rojas: «¿Ha muerto Dios?». La historia describía el movimiento de la «muerte de Dios», de moda en la teología norteamericana.

Pero, parafraseando a Mark Twain, las noticias del fallecimiento de Dios fueron prematuras. Puesto que, al mismo tiempo que los teólogos escribían el obituario de Dios, una nueva generación de jóvenes filósofos estaba redescubriendo su vitalidad.

Allá por los años 40, muchos filósofos creían que el lenguaje acerca de Dios, dado que no es verificable por los cinco sentidos, carece de significado: es un verdadero sinsentido. Este verificacionismo finalmente colapsó, en parte, porque los filósofos entendieron que el verificacionismo mismo no puede ser verificado.

El colapso del verificacionismo fue el evento filosófico más importante del siglo 20. Su caída implicó que los filósofos fueron una vez más libres de hacer frente a los problemas tradicionales de la filosofía que el verificacionismo había suprimido. Junto a este resurgimiento del interés en las pre-

guntas filosóficas tradicionales vino algo totalmente inesperado: un renacimiento de la Filosofía Cristiana.

El punto de inflexión llegó, probablemente, en 1967, con la publicación de *Dios y Otras Mentes: Un Estudio de la Justificación Racional de Creencia en Dios*, de Alvin Plantinga. Los pasos de Plantinga han sido seguidos por una multitud de filósofos cristianos, los cuales escriben en revistas académicas, participan en conferencias profesionales y publican con las mejores editoriales académicas.

Como resultado, el rostro de la filosofía angloamericana se ha visto transformado. El ateísmo, si bien quizás todavía el punto de vista dominante en las universidades norteamericanas, es una filosofía en retirada.

En un reciente artículo, el filósofo de la Universidad de Western Michigan, Quentin Smith, lamenta lo que él llama «la desecularización de la academia que se ha desarrollado en los departamentos de filosofía desde finales de los años '60". Reclama de la pasividad de los naturalistas ante la ola de «teístas inteligentes y talentosos que han entrado en el mundo académico en la actualidad».

Smith concluye, «Dios no está 'muerto' en la academia; volvió a la vida a fines de los 60s y está ahora vivo y bien en su última fortaleza académica, los departamentos de filosofía».

El renacimiento de la filosofía cristiana se ha visto acompañado por un resurgimiento del interés en la teología natural, aquella rama de la teología que busca demostrar la existencia de Dios aparte de la revelación divina.

La meta de la teología natural es justificar una cosmovisión teísta en un sentido amplio, una que pueda ser común a cristianos, judíos, musulmanes, y deístas. Aún cuando pocos los llamarían pruebas concluyentes, todos los argumentos tradicionales para la existencia de Dios, por no mencionar otros argumentos nuevos y creativos, hallan en la actualidad defensores bien articulados.

Los argumentos

Primero, démosle una rápida mirada a algunos de los argumentos actuales de teología natural. Los veremos de manera condensada. Esto tiene la ventaja de hacer la lógica de los argumentos muy clara. El esqueleto de los argumentos puede ser entonces rellenado de carne con una discusión más extensa. Una segunda pregunta crucial, ¿De qué sirve un argumento racional en nuestra época supuestamente postmoderna?, será tratada en la próxima sección.

El Argumento Cosmológico. Versiones de este argumento son defendidas por Alexander Pruss, Timothy O'Connor, Stephen Davis, Robert

Koons y Richard Swinburne, entre otros. Una formulación simple de este argumento es:

Todo lo que existe tiene una explicación de su existencia, sea en la necesidad de su propia naturaleza o en una causa externa.

Si el universo tiene una explicación para su existencia, dicha explicación es Dios. El universo existe.

Por consiguiente, la explicación para la existencia del universo es Dios.

Este argumento es lógicamente válido, de modo que la única pregunta es acerca de la verdad de sus premisas. La premisa (3) es innegable para cualquier buscador sincero de la verdad, de modo que el problema se reduce a (1) y (2).

La premisa (1) parece bastante plausible. Imagine que va caminando por un bosque y descubre una esfera translúcida en el suelo. Usted encontraría bastante extraña la afirmación de que la esfera simplemente existe, inexplicablemente. Y aumentar el tamaño de la esfera, incluso hasta que llegue a ser co-extensiva con el cosmos, no ayudaría en nada para eliminar la necesidad de una explicación para su existencia.

La premisa (2) podría parecer polémica en un comienzo, pero es, de hecho, sinónima de la usual afirmación atea de que, si Dios no existe, entonces no hay ninguna explicación para la existencia del universo. Ade-

más, (2) es bastante plausible por derecho propio. Esto porque una causa externa del universo debe existir más allá del espacio y el tiempo, y por consiguiente no puede ser física o material.

Ahora, hay solo dos tipos de cosas que calzan con esa descripción, ya sea un objeto abstracto, como los números, o, de lo contrario, una mente inteligente. Pero los objetos abstractos son causalmente impotentes. Por ejemplo, el número 7 no puede causar nada. Por lo tanto, se sigue que la explicación de la existencia del universo es una mente personal, externa y trascendente que creó el universo, que es lo que la mayoría de las personas tradicionalmente han querido decir con la palabra *Dios*.

El Argumento Cosmológico Kalam

Esta versión del argumento tiene una rica herencia islámica. Stuart Hackett, David Oderberg, Mark Nowacki, y yo hemos defendido el argumento kalam. Su formulación es simple:

Todo lo que comienza a existir tiene una causa.

El universo comenzó a existir.

Por consiguiente, el universo tiene una causa.

La premisa (1) ciertamente parece más plausible que su negación. La idea que las cosas pueden nacer a la existencia sin una causa es peor que la magia. No obstante, es notable

cuántos no-teístas, bajo el peso de la evidencia en favor de la premisa (2), han negado (1) en lugar de aceptar la conclusión del argumento.

Tradicionalmente, los ateos han negado (2), en favor de un universo eterno. Pero hay buenas razones, filosóficas y científicas, para dudar que el universo no tenga un comienzo. Filosóficamente, la idea de un pasado infinito parece absurda. Si el universo nunca tuviera un principio, entonces el número de eventos del pasado en la historia del universo es infinito. No solo es ésta una idea muy paradójica, si no que hace surgir un problema: ¿Cómo el evento presente podría llegar alguna vez, si un número infinito de eventos anteriores tenían que ocurrir primero?

Es más, una notable serie de descubrimientos en astronomía y astrofísica durante el último siglo han inspirado nueva vida al argumento cosmológico kalam. En la actualidad tenemos evidencia bastante poderosa de que el universo no tiene un pasado eterno, sino que tuvo un comienzo absoluto hace aproximadamente 13.7 mil millones años en un evento cataclísmico conocido como el Big Bang.

El Big Bang es tan asombroso porque representa el origen del universo a partir de literalmente nada. Esto, dado que toda la materia y energía, e incluso el espacio físico y el tiempo

llegaron a ser en el Big Bang. Si bien algunos cosmólogos han intentado desarrollar teorías alternativas con el objeto de evitar este principio absoluto, ninguna de estas teorías se ha impuesto en la comunidad científica. De hecho, en 2003, los cosmólogos Arvind Borde, Alan Guth, y Alexander Vilenkin fueron capaces de demostrar que cualquier universo que esté, en promedio, en un estado de expansión cósmica no puede ser eterno hacia el pasado si no que debe tener un principio absoluto.

Según Vilenkin, «los cosmólogos ya no pueden esconderse tras la posibilidad de un universo con un pasado eterno. No hay ninguna salida, tienen que enfrentar el problema de un principio cósmico». Se deduce, entonces, que debe haber una causa trascendente que produjo la existencia del universo, una causa que, como hemos visto, es plausiblemente eterna, no-espacial, inmaterial, y personal.

Tenemos evidencia bastante poderosa de que el universo no tiene un pasado eterno, sino que tuvo un comienzo absoluto hace aproximadamente 13.7 mil millones años.

El Argumento Teleológico

Los antiguos argumentos del diseño permanecen hoy tan robustos como siempre, defendidos en varias formas por Robin Collins, John Leslie, Paul Davies, William Dembski, Michael Denton, y otros.

Los partidarios del movimiento del Diseño Inteligente han continuado la tradición de buscar ejemplos de diseño en los sistemas biológicos. Pero la vanguardia de la discusión se enfoca en el notable y recientemente descubierto «ajuste fino» del cosmos para la vida.

Este ajuste fino es de dos clases. Primero, cuando las leyes de la naturaleza se expresan como ecuaciones matemáticas, contienen ciertas constantes, tales como la constante gravitatoria. Los valores matemáticos de estas constantes no son determinados por las leyes de la naturaleza. Segundo, hay ciertas cantidades arbitrarias que son solo parte de las condiciones iniciales del universo, por ejemplo, la cantidad de entropía presente en el universo.

Estas constantes y condiciones caen en un rango extremadamente estrecho de valores que posibilitan la vida. Si cualquiera de estas constantes o condiciones iniciales fueran alteradas por menos que el ancho de un cabello, el equilibrio que hace posible la vida se destruiría, y la vida no existi-

ría. De acuerdo con esto, podemos argumentar:

El ajuste fino del universo se debe ya sea a la necesidad física, al azar o al diseño. No se debe a la necesidad física o al azar. Por consiguiente, se debe al diseño.

La premisa (1) es simplemente la lista de opciones posibles para explicar el ajuste fino. La premisa importante es por consiguiente (2). La primera alternativa, la necesidad física, dice que las constantes y condiciones iniciales deben tener los valores que tienen. Esta alternativa tiene pocos elementos dignos de ser considerados.

Las leyes de la naturaleza son consistentes con una amplia gama de valores para las constantes y condiciones iniciales del universo. Por ejemplo, la candidata más prometedora para una teoría unificada de la física a la fecha, la teoría de las «supercuerdas» o «teoría M», permite un paisaje cósmico de alrededor de 10500 posibles universos distintos gobernados por leyes naturales, y solo una proporción infinitesimal de éstos es capaz de sostener vida.

En cuanto al azar, los teóricos contemporáneos reconocen cada vez más que las posibilidades contra el ajuste fino son simplemente insuperables a menos que uno esté preparado para abrazar la especulativa hipótesis de que nuestro universo es solo un miembro de un conjunto infinito de universos aleatoriamente

ordenados (alias, el multiverso). En este conjunto de mundos, cada mundo físicamente posible existe y, obviamente, nosotros podríamos observar solo un universo donde las constantes y condiciones iniciales sean consistentes con nuestra existencia.

Es aquí donde el debate arrecia hoy por hoy. Físicos como Roger Penrose, de la Universidad de Oxford, presentan poderosos argumentos contra cualquier apelación a un multiverso como forma de explicar el ajuste fino.

El Argumento Moral

Varios eticistas, tales como Robert Adams, William Alston, Mark Linville, Paul Copan, John Hare, Stephen Evans, y otros han defendido teorías éticas de «Mandamiento Divino» (*Divine Command Theories*), que apoyan varios argumentos morales para la existencia de Dios. Uno de dichos argumentos es el siguiente:

Si Dios no existe, los valores y deberes morales objetivos no existen.

Los valores y deberes morales objetivos existen.

Por consiguiente, Dios existe.

Por valores y deberes objetivos quiere decir valores y deberes que son válidos y obligatorios, independientemente de la opinión humana. Muchos ateos y teístas por igual concuerdan con la premisa (1). Esto, porque dada una cosmovisión naturalista, los seres humanos no son más que ani-

males, y un acto que nosotros consideraríamos asesinato, tortura, o violación, es natural y amoral en el reino animal. Aún más, si no hay nadie para ordenar o prohibir ciertas acciones, ¿cómo podemos nosotros estar sujetos a obligaciones o prohibiciones morales?

La premisa (2) podría parecer más disputable, pero probablemente será una sorpresa para la mayoría de los legos enterarse que (2) es ampliamente aceptada entre los filósofos. Porque cualquier argumento contra la objetividad de la moral tenderá a estar basado en premisas menos evidentes que la realidad de los valores morales mismos, tal como son apprehendidos en nuestra experiencia moral.

La mayoría de los filósofos, por lo tanto, reconoce distinciones morales objetivas.

Los no teístas típicamente opondrán al argumento moral un dilema: ¿Algo es bueno porque Dios lo quiere, o Dios lo quiere porque es bueno? La primera alternativa hace del bien y el mal algo arbitrario, mientras que la segunda hace al bien independiente de Dios.

Afortunadamente, éste es un falso dilema. Los teístas tradicionalmente han optado por una tercera alternativa: Dios quiere algo porque él es bueno. Es decir, lo que Platón llamó

el Bien, es la naturaleza moral del propio Dios. Dios es por naturaleza amoroso, benévolo, justo, y así, él es el paradigma de la bondad.

Por consiguiente, el Bien no es independiente de Dios. Es más, los mandamientos de Dios son una expresión necesaria de su naturaleza. Sus mandamientos para nosotros no son, por lo tanto, arbitrarios, sino un reflejo necesario de Su carácter. Esto nos provee de un fundamento adecuado para afirmar la existencia de valores y deberes morales objetivos.

El Argumento Ontológico

El famoso argumento de Anselmo ha sido reformulado y defendido por Alvin Plantinga, Robert Maydole, Brian Leftow, y otros.

Dios, observa Anselmo, es por definición el más grande ser concebible. Si usted pudiera concebir algo más grande que Dios, entonces eso sería Dios.

Así, Dios es el más grande ser concebible, un ser máximamente grande. ¿Cómo sería tal ser? Debiese ser todo poderoso, lo sabría todo, sería perfectamente bueno, y existiría en todo mundo lógicamente posible. Pero entonces podemos argumentar:

Es posible que un ser máximamente grande (Dios) exista.

Si es posible que un ser máximamente grande exista, entonces un ser máxima-

mente grande existe en algún mundo posible.

Si un ser máximamente grande existe en algún mundo posible, entonces existe en todos los mundos posibles.

Si un ser máximamente grande existe en todos los mundos posibles, entonces existe en el mundo real.

Por consiguiente, un ser máximamente grande existe en el mundo real.

Por consiguiente, un ser máximamente grande existe.

Por consiguiente, Dios existe.

Ahora, puede ser una sorpresa descubrir que los pasos 2 al 7 de este argumento son relativamente poco controvertidos. La mayoría de los filósofos estaría de acuerdo que si la existencia de Dios es incluso posible, entonces él debe existir.

Así que la única pregunta es: ¿Es posible la existencia de Dios? El ateo tiene que sostener que es imposible que Dios exista. Tiene que decir que el concepto de Dios es incoherente, tal como el concepto de un soltero casado o de un círculo cuadrado.

Pero el problema es que el concepto de Dios simplemente no parece ser incoherente en tal forma. La idea de un ser que es todopoderoso, que todo lo sabe, y que es perfectamente bueno existe en cada mundo posible, parece perfectamente coherente. Y en tanto la existencia de Dios sea solo posible, se deduce que Dios debe existir.

¿Por qué importa?

Por supuesto, hay réplicas y contra réplicas a todos estos argumentos, y nadie piensa que se alcanzará un consenso general. De hecho, después de un período de pasividad, hay señales de que el gigante dormido del ateísmo ha despertado de su letargo dogmático y está defendiéndose.

J. Howard Sobel y Graham Oppy han escrito voluminosos libros académicos, críticos de los argumentos de teología natural. No obstante, la misma presencia del debate en el mundo académico es, en sí misma, señal de cuán saludable y vibrante es una cosmovisión teísta en la actualidad.

Sin embargo, aunque todo esto pueda ser así, algunos podrían pensar que el renacimiento de la teología natural en nuestro tiempo es meramente una gran cantidad de trabajo perdido. Porque, ¿no vivimos en una cultura postmoderna en que el apelar a tales argumentos apologéticos ya no es efectivo?

Se supone que los argumentos racionales en favor de la verdad del teísmo ya no funcionan. Por lo tanto, algunos cristianos aconsejan que debemos simplemente compartir nuestra narrativa e invitar a la gente a participar en ella. Esta clase de pensamiento es culpable de un desastroso diagnóstico errado de la cultura contemporánea. La idea de que vivimos

en una cultura postmoderna es un mito. De hecho, una cultura postmoderna es imposible; sería absolutamente invivible.

La gente no es relativista respecto a temas de ciencia, ingeniería, y tecnología; más bien, es relativista y pluralista en materia de religión y ética. Pero eso no es postmodernismo; ¡eso es modernismo! Es simplemente verificacionismo de la vieja escuela, que sostenía que cualquier cosa que no se pueda probar con los cinco sentidos es cuestión de gusto personal. Nuestra cultura sigue siendo profundamente modernista.

Por otra parte, ¿cómo hacer sentido de la popularidad del Nuevo Ateísmo? Dawkins y sus vástagos son indeleblemente modernistas e incluso científicistas en su enfoque. En una lectura posmodernista de la cultura contemporánea, sus libros debieron haber caído como agua en una piedra. En cambio, la gente los consume ávidamente, convencidos de que las creencias religiosas son una tontería.

Visto bajo esa luz, ajustar nuestro evangelio a la cultura postmoderna es contraproducente. Al dejar de lado nuestras mejores armas de la lógica y la evidencia, aseguramos el triunfo de modernismo sobre nosotros.

Si la iglesia adopta este curso de acción, las consecuencias para la próxima generación serán catastróficas. El

cristianismo se reducirá a ser solo una voz más en una cacofonía de voces en competencia, cada una compartiendo su propia narrativa y ninguna encomendándose como la verdad objetiva sobre la realidad. Entretanto, el naturalismo científico seguirá formando la visión de nuestra cultura acerca de cómo es el mundo.

Una teología natural robusta bien puede ser necesaria para que el evangelio sea oído eficazmente en la sociedad occidental de hoy. En general, la cultura occidental es profundamente post-cristiana. Es el fruto de la Ilustración, que introdujo en la cultura europea la levadura del secularismo, que ahora ha permeado la sociedad occidental.

Mientras la mayoría de los pensadores originales de la Ilustración eran teístas, muchos intelectuales occidentales hoy ya no consideran que el conocimiento teológico sea posible. Quien persiga la búsqueda de la razón firmemente, finalmente será ateo o, cuando mucho, agnóstico.

Una comprensión adecuada de nuestra cultura es importante porque el evangelio no es oído de manera aislada, sino siempre en relación al tras-

fondo del entorno cultural actual. Alguien criado en un entorno cultural en que el cristianismo todavía es visto como una opción intelectualmente viable mostrará una apertura al evangelio. ¡Pero bien se le podría pedir al secularista que creyera en hadas o duendes como en Cristo!

Los cristianos que desprecian el valor de la teología natural porque «nadie viene a la fe por medio de argumentos intelectuales» son, por tanto trágicamente cortos de vista. Porque el valor de la teología natural se extiende mucho más allá de mis contactos evangelísticos inmediatos.

Es la tarea más amplia de la apologetica cristiana, incluyendo la teología natural, ayudar a crear y sostener un entorno cultural en que el evangelio pueda ser visto como una opción intelectualmente viable para las personas reflexivas, dándoles el permiso intelectual para creer cuando sus corazones sean conmovidos.

En tanto más nos adentremos en el siglo XXI, anticipo que la teología natural se volverá crecientemente relevante y vital como preparación para que la gente reciba el evangelio.

Fuente: <http://www.reasonablefaith.org/>

El silencio del Cordero

«Respondió Jesús: Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba» (Juan 19:10-11). Luego se quedó en silencio, y el silencio del Cordero ha sido una de las maravillas de los siglos.

A.W. Tozer, *La Verdadera Vida Cristiana*

Cartas de nuestros lectores

Reconocimiento

Dios bendiga a todos los que laboran con esmero en la revista Aguas Vivas. Deseo reconocer su trabajo de distribución de materiales de edificación y apoyo a la evangelización, para el crecimiento espiritual de todo creyente interesado por la palabra de Dios, haciendo evidente su compromiso con las almas, lo que nos recuerda las palabras del apóstol Pablo: «*Porque os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; cómo trabajando de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de Dios*» (1ª Tes. 2:9). Gracias a Dios, que pone tanto el querer como el hacer para llevar adelante esta noble causa, siendo colaboradores en la viña del Señor. Siempre están presentes en mis oraciones, deseando que la gloria de Dios se derrame sobre sus vidas y su unción les capacite para toda buena obra.

Rainer Cruz (Cuba).

Un regalo del Señor

La paz del Señor sea con cada uno de los hijos del Señor que están en Chile. Voy recibiendo la última edición de Aguas Vivas. Es una excelente revista con un muy buen contenido espiritual. Siempre me causa mucha alegría el recibirla porque sé

que su contenido contribuye grandemente a la edificación del Cuerpo de Cristo. ¡Muchísimas gracias por este hermoso regalo de parte del Señor! ¡Dios continúe derramando sus ricas y múltiples bendiciones sobre ustedes y sobre ese importante ministerio de la literatura cristiana!

Asmiria Pirela (Venezuela).

Enriquecimiento espiritual

El Señor Omnipotente continúe bendiciéndoles sobreabundantemente. Gracias por vuestra revista. Sigo disfrutando de la bendición de ésta. Tiene muy buenos artículos y estudios de la Biblia. Es una fuente enriquecimiento espiritual. La apreciamos mucho.

Orlando Manso (Cuba).

Ministración del Espíritu

Esta revista es la ministración que el Espíritu Santo trae a mi vida en este tiempo. Cuán bendita es la palabra del Señor y cuánta provisión encontramos en ella. Mi corazón es ministrado con verdades más profundas que traen gran edificación para mi matrimonio y familia, y para toda la iglesia del Señor. Que la gracia del Señor siga siendo con ustedes, pues ésta, Su gracia, no ha sido en vano para con todos.

Alexis Safont (Cuba).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

Nº 84 · Octubre - Noviembre - Diciembre 2016.

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras.